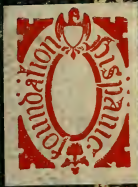


PQ
6503
A76J8



THE HISPANIC FOUNDATION



Class _____

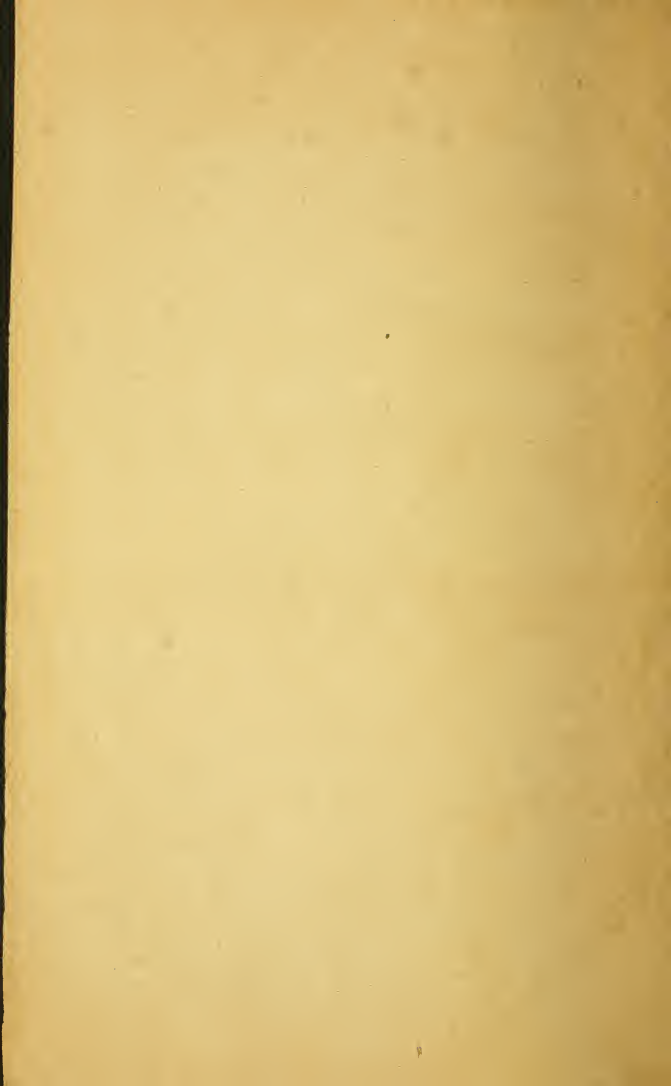
Book _____

GIFT OF
THE HISPANIC SOCIETY
OF AMERICA

4-

742 Asquerino, E., la judia de Toledo ó Alfonso VIII. Drama. Madr.
1842. M. tela. 90 pp.





LA JUDIA DE TOLEDO,

Ó ALFONSO VIII.

DRAMA ORIGINAL EN CUATRO JORNADAS

Y EN VERSO

POR

DON EUSEBIO ASQUERINO.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1842.

PERSONAS.

ACTORES.

RAQUEL, judia.		<i>Doña Josefa Valero.</i>
DOÑA LEONOR.		<i>Doña Bárbara Lamadrid.</i>
SAMUEL, judio.		<i>Don Carlos Latorre.</i>
D. ALFONSO VIII (ENRIQUE.)		<i>Don Antonio Alverá.</i>
D. ESTEBAN ILLÁN.		<i>Don Pedro Lopez.</i>
EL CONDE DON PEDRO.		<i>Don Francisco Lumbreras.</i>
D. GUTIERRE.		<i>Don Antonio Pizarroso.</i>
D. RODRIGO.		<i>Don Pedro Eusebi.</i>
SARA, judia.		<i>Doña Concepcion Sampelayo.</i>
JACOB.	} Judios.	{ <i>Don Carlos Espuntoni.</i>
ROBOAN.		
UN ALGUACIL.		<i>Don Juan Torroba.</i>
HOMBRE 1.º	} del pueblo.	{ <i>Don Juan Carceller.</i>
HOMBRE 2.º		
UN CABALLERO.		<i>Don Miguel Reyes.</i>
UNA VIEJA.		<i>Doña Inés Belmonte.</i>
UN PREGONERO.		<i>Don José Fernandez.</i>

CABALLEROS, GUARDIAS, PUEBLO.

Giff
Hisp. Soc. of America
Aug. 7, 1937

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorización, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

AVG 210612

A MI ESTIMADO AMIGO

DON JUAN BAUTISTA ALONSO,

en muestra de aprecio.

EUSEBIO ASQUERINO.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 551

LECTURE NOTES

Sornada primera.

El teatro está dividido perpendicularmente. A la derecha aparece el interior de la casa de Samuel. Dos puertas laterales, y una cortina en el fondo. La puerta de la derecha conduce á las habitaciones interiores; la de la izquierda á la plaza. A este lado se ve la plaza. Es al anochecer.

ESCENA PRIMERA.

GENTES DEL PUEBLO, *alrededor* DEL PREGONERO, *en la plaza.*

Hombre 1.º Aparte á un lado la vieja.

Vieja. Calle el deslenguado.

Hombre 2.º Cara
tiene de bruja.

Vieja. Él de Judas.

Alguacil. Silencio y atrás, canalla,
ó los llevaré á la carcel
si dicen otra palabra.

Vieja. El tal bachiller Machuca
humos de justicia gasta.

(Silencio general: el pregonero toca la caja y dice en alta voz.)

“Manda S. A. la reina doña Leonor que en el término de tres dias salgan desterrados de estos reinos todos los judíos, y sus familias.”

Unos. Viva el rey!

Otros. Viva la reina!

(El pueblo se retira.)

ESCENA II.

HOMBRE PRIMERO, SEGUNDO, Y EL ALGUACIL.

- Alguacil.* Al fin de la hebrea raza
se verá libre Castilla.
- Hombre 1.º* Ya era tiempo.
- Hombre 2.º* Por qué causa?
- Alguacil.* Esos perros descreídos,
que nuestra religion santa
insultan, tienen riquezas,
y á los católicos faltan.
- Hombre 2.º* Tú como alguacil sabrás
si á todos el bando alcanza.
- Alguacil.* Quién lo duda?
- Hombre 2.º* (*Distraido.*) Pobre jóven!
- Alguacil.* Qué dices?
- Hombre 2.º* En esa casa
vive una muger, un angel
diré mejor, porque tanta
belleza, y donaire tanto
no cabe en persona humana.
Quizá la conoceréis,
pues tiene en Toledo fama
por su hermosura. Una hebra...
- Hombre 1.º* Ya caigo. Raquel se llama,
y habita con un hermano
á quien veneran y acatan
los judíos como él.
- Hombre 2.º* La misma.
- Hombre 1.º* He visto su cara,
y me pareció divina.
- Alguacil.* Pues á pesar de sus gracias,
los tesoros del hebreo
me inspiran mas que la hermana.
- Hombre 2.º* Siempre avaro! Sacrificas
del interes en las aras
las mas bellas ilusiones
que tiene el hombre.
- Alguacil.* Te engañas.
Mis ilusiones, amigo,
son siempre las mas doradas.

El oro, el oro alimenta
tanto al cuerpo como al alma.

Hombre 1.º Bien se explica el bachiller.

Hombre 2.º El Machuca es una alhaja.

Hombre 1.º Tiene el latin en las uñas.

Hombre 2.º Asi las lleva tan largas.

Hombre 1.º Pero á nosotros qué importa
que se quede, ó que se vaya?

Hombre 2.º Ya ; pero á ella la importa ;
porque os digo en confianza ,
que la requiere de amores
un caballero.

Alguacil. Qué farsa
estás moviendo? Pretendes
hacernos creer...

Hombre 2.º Ten calma.

Dije que galan mancebo
á la judía idolatra,
y no he mentido.

Hombre 1.º Es posible?

Alguacil. Vamos, déjate de chanzas.
Parar las mientes pudiera
un noble en cosa tan baja,
mancillando de ese modo
la fidalguía heredada
de sus mayores?

Hombre 1.º El cuento
no deja de tener gracia.

Alguacil. Bien ha urdido la novela.

Hombre 2.º Hablo formal, y me enfada
se tome á broma. Mis ojos
han visto al galan fantasma
cruzar esos callejones,
embozado en larga capa,
abrir la puerta, y quedarse
otro aguardándole.

Hombre 1.º Vaya:
estás de humor esta noche.

Hombre 2.º Cuando os digo que es su dama...

ESCENA III.

LOS MISMOS y SAMUEL, *embozado, que cruza la plaza y sin reparar en ellos se dirige á su casa.*

- Samuel.* Desterrados de Toledo!
A Dios, mi querida patria!
A Dios para siempre! Apenas
lo sepan Raquel y Sara...
- Alguacil.* Y merece esa judía
que un caballero...
- Samuel.* (*Deteniéndose.*) Qué habla
esta gente?
- Hombre 2.º* Al fin la reina
destierra á esa impura raza,
y cesarán las hablillas.
- Alguacil.* Tienes razon: que se vayan
de Toledo esos judíos,
deshonra de nuestra patria.
- Samuel.* (*Dirigiéndose al alguacil.*)
Qué escucho! Mientes, infame.
El que la deshonra y mancha
eres tú.
- Alguacil.* Y quién se atreve...
- Samuel.* Yo.
- Hombre 1.º* Un judío!
- Hombre 2.º* (*Al alguacil.*) A qué aguardas?
- Samuel.* Sí, un judío que sabe
arrancar lenguas villanas.
- Hombre 1.º* Qué esperamos? Muera.
- Los dos.* (*Sacan los tres dagas.*) Muera.
- Samuel.* No es muy facil: llevais dagas;
pero este puñal... (*Le saca.*)
- Alguacil.* Ah! perro!
Cara pagarás tu audacia.
- Samuel.* Veamos.
- Alguacil.* (*Le acometen, y él se defiende.*)
Todos á él.
- Samuel.* Eso sí: cobardes almas,
torpe lengua, y torpes hechos.
Tres contra uno se lanzan?
- Hombre 1.º* Muera.

Samuel. Imbéciles! Así
 respondo á tan ruin canalla.
 (*Al tiempo de intentar precipitarse sobre el judío, éste
 abre la puerta de su casa y la cierra con violencia.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, *menos* SAMUEL.

Hombre 1.º Voto á brios que el Iscariote
 nos ha burlado.

Hombre 2.º En su casa
 se metió.

Alguacil. Viven los cielos
 que he de romper á pedradas
 la puerta.

Hombre 1.º Bien has pensado.

Hombre 2.º Mejor será la ventana.

Los dos. A ello.

Alguacil. Pardiez que ahora
 ha de probar mi venganza:

ESCENA V.

LOS MISMOS *en ademan de arrojar piedras á la casa del
 judío, y* DON ENRIQUE *embozado.*

Enrique. Eh! deteneos.

Alguacil. Quién va?

Enrique. Un hombre.

Hombre 2.º (*Bajo á los dos.*)

Este es el fantasma
 de que os hablé. Qué tal? Miento?

Alguacil. Y qué quiere?

Enrique. Que la plaza
 desocupeis al instante.

Hombre 1.º El hombre no ruega, manda.

Enrique. No os vais?

Hombre 1.º Y quién sois vos
 para obligarnos...

(Al hacer ademan de sacar la espada descubre el cuerpo y se le ve armado completamente.)

Enrique. Mi espada
lo sabrá decir mejor
que la lengua.

Hombre 2.º Hay otra danza? (*Aparte.*)

Alguacil. Aunque seais caballero,
segun indican las trazas,
yo represento tambien
á la justicia, y...

Enrique. Ya basta.
(*Saca la espada y los acomete.*)
Justicia que arroja piedras,
debe llevar cuchilladas.

Hombre 2.º Huyamos, que no es herege
quien tales tajos descarga. (*Huyen.*)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, y despues DON RODRIGO, tambien armado.

Enrique. Ya se fueron. Ah! Raquel!
Cuántos tormentos me causas!
Rodrigo, ten prevenidos
los caballos.

Rodrigo. No harán falta.

Cuándo partiremos?

Enrique. Presto.
Antes que despierte el alba,
sin que nuestra ausencia noten
en la villa mas cercana
hemos de hallarnos de vuelta.
Y cuando el judío salga
te vas, y me dejas solo.

Rodrigo. Obedeceré.

Enrique. En la plaza
pueden vernos; mejor es
ir á la calle inmediata.

(*Se retiran.*)

ESCENA VII.

RAQUEL y SAMUEL. (*Aquella coloca una bugia encima de una mesa.*)

Raquel. Qué pena, Samuel querido,
nublar pudo la alegría
de tu rostro?

Samuel. Hermana mía!

Raquel. Dime lo que ha sucedido.
No me ocultes nada, no ;
que al verte entrar agitado
toda mi sangre se ha helado
y el alma se estremeció.
Late el corazon inquieto,
y en su violento latir
temo tal vez descubrir
algun horrible secreto.

Decláramelo por Dios ;
pues tu tormento tirano
que ha de mitigarse es llano
partiéndole entre los dos.

Samuel. Pues bien, todo lo sabrás.

Raquel. Lo sabré? Ah! Siempre eres
la causa de mis placeres,
y de mis penas jamas.

Cuánto te debo, Samuel!
Tú me meciste en la cuna
porque la negra fortuna
hizo huérfana á Raquel.

Sin contemplar la sonrisa
de madre tierna, amorosa,
pasó mi niñez cual rosa
á quien no halaga la brisa.
Nacer, y las paternas
caricias ¡ay! no gozar
es de una vez apurar
la honda copa de los males.

Samuel. Cesa por piedad, Raquel.
Has sido tan desgraciada
que no puede borrar nada
ese recuerdo cruel?

Raquel. Perdona si en mi delirio

injusta soy, que tú has hecho
grata mi vida, y del pecho
has endulzado el martirio.
En vano me quejo, en vano,
de la suerte, si en tu amor
me dió el cielo un protector,
un padre y un tierno hermano.
Pero tu amargo pesar
no le merezco saber?
Callas aun?

Samuel.

(Qué he hacer,
si no le puedo ocultar?)
No has escuchado el pregon
que acaba con ronco estruendo
de publicarse poniendo
á Toledo en confusion?
No oiste el infame bando
que ahora mismo, en esa plaza,
ha proscrito nuestra raza?

Raquel.

Qué dices? Estoy soñando!
Será cierto?

Samuel.

Sí, Raquel.
Nos destierran de Toledo,
de nuestra patria.

Raquel.

No puedo
creerlo. Dios de Israel!

Samuel.

De ese Dios justo es en vano
que invoques el poderío,
pues por serlo del judío
le aborrece el castellano.
Qué crimen horrendo es
el que á mi pueblo destierra?
Ah! que le abortó la tierra
para escupirle despues.
Siempre errante; peregrino,
apenas miró el sol bello,
de escarnio é ignominia el sello
marcó en su frente el destino.
Do quier vejado, do quier
lleva en el rostro el baldon
que roe su corazon
desde que empieza á nacer.

Raquel. (Qué horror! Cuál me atormenta!)

Samuel. En dónde al menos tranquilo
podrá encontrar un asilo
para devorar su afrenta!
Dónde mi pueblo no fuera
juguete de la fortuna,
y una patria y una cuna
dar á sus hijos pudiera!
Toledo! patria adorada,
aunque madrastra cruel
de los hijos de Israel
nunca serás olvidada.
Cuántas veces recordando
Tajo, tus arenas de oro
correrá el amargo lloro
sus megillas abrasando!
Cuántas veces en su mente
retratarán tu rivera,
do se deslizó hechicera
su juventud inocente.
Y mientras en lejanas tierras
ellos publiquen tu gloria,
tú borrarás la memoria
de los hijos que destierras.

Raquel. Qué sombrío porvenir
concibe la fantasía!
Risueña esperanza mía,
naciste para morir.
Y acaso el rey no pudiera
el decreto revocar?

Samuel. No trates de alimentar
ilusion tan lisonjera.
En quién confías, en quién?
El rencor del pueblo crece,
la reina nos aborrece,
y la nobleza tambien.
Alfonso en Carrion está,
y en su ausencia ha encomendado
el gobierno del estado
á su esposa.

Raquel. Y no vendrá?

Samuel. Pero aunque vuelva, has creído

que al destierro se opondría?
La reina lo mandaría
sin mandarlo su marido?

Raquel. No hay esperanza?

Samuel. Ninguna.

Voy á salir, pues me aguarda
Roboan, y Jacob tarda
en venir.

Raquel. (Cruel fortuna!)

Tan tarde te vas, hermano?

Samuel. Sí, querida: tú en el lecho
calmarás del tierno pecho
la agitacion.

Raquel. Será en vano!

(*Samuel se va por la puerta que sale á la plaza, y se le ve alejarse.*)

ESCENA VIII.

RAQUEL y SARA.

Sara. Se marchó tu hermano?

Raquel. Sí, Sara querida.

(Infeliz!)

Sara. Qué tienes?

Estás abatida,
sin color los labios,
mústias las megillas:
qué pesares hondos
á tu alma agitan?

Raquel. Horrible destino
contra mí conspira,
porque hoy de Toledo,
de la patria mia
nos destierran.

Sara. Cielos!

Posible sería
que el pregon que he oido...

Raquel. Sí, él lo publica.

Y Enrique está ausente,
y tal vez olvida
á la pobre hebrea

- que por él delira.
Sara. Olvidarte Enrique?
 Creerlo podrias?
 Si al rey acompaña,
 es cosa sencilla
 volver á Toledo
 sin que él lo permita?
 Muy presto de Alfonso
 será la venida,
 y entonces las penas
 se truecan en dichas.
- Raquel.* Para siempre huyeron
 los felices dias
 de amor y ventura.
- Sara.* Raquel, tú deliras.
 Sabe que esta noche
 cruzaba la esquina
 el conde don Pedro.
- Raquel.* Qué necia manía!
- Sara.* Tanto le aborreces?
- Raquel.* Amor no me inspira.
- Sara.* No hay mas opulento
 rico-home en Castilla;
 es galan, valiente,
 y por tí suspira.
- Raquel.* Qué importa?
- Sara.* En Toledo
 sus prendas estiman.
 Es grande su influjo,
 y acaso podria
 alzar el destierro.
- Raquel.* Calla; que me irrita
 que tanto le alabes.
- Sara.* Yo te lo decia
 porque Enrique...
- Raquel.* Entiendo.
 Tal vez sin familia,
 sin un nombre ilustre,
 cifra su hidalguía
 en su fuerte brazo...
 pues bien, la judía
 por su amor un trono

despreciara altiva.

(Cruza por la plaza el conde don Pedro, y da dos golpes en la puerta de Samuel.)

Mas qué ruido... llaman?

Sara. Quizá olvidaría
tu hermano la llave.
Voy á abrirle.

Raquel Mira
primero...

Sara. No temas.
(Sale, y ouelve azorada.)

Oh Dios! qué desdicha!

Raquel. Qué ocurre?

Sara. No es él.

Raquel. Qué dices?

Sara. Fingía
la voz: es el conde.
(Ya yo lo sabia.)

ESCENA IX.

RAQUEL. SARA. EL CONDE DON PEDRO.

Raquel. Aquí don Pedro? Dios mio!
Pedro. Deponed vano temor,
que vengo á hablaros de amor
y á sentir vuestro desvío,
mas no á mancillar mi honor.
Que os adoro sabeis bien
y me mirais con enojos;
si os rendí el alma en despojos
por qué anublar el desden
los soles de vuestros ojos?
Acaso por desdeñosa
fama quereis alcanzar
sin bastaros la de hermosa?
Mirad que la mas gloriosa
consiste en saber amar.
Pues sus laureles florecen
sin marchitarles los años,
que antes mas con ellos crecen,

y solo al soplo perecen
de crueles desengaños.

Raquel. Muda de asombro quedé
al veros entrar, señor,
y aunque atrevido os juzgué,
una ofensa hecha á mi honor
nunca de vos sospeché.

Ni yo sé qué preguntaros,
ni qué deba responderos,
porque despues de escucharos
ni bien puedo, conde, amaros,
ni bien puedo aborreceros.

Sara. (Que ha de amarle juraría.)

Pedro. Recibid el parabien,
que sois discreta á fé mia,
pues en fina cortesía
envuelto dais el desden.

Raquel. Ah! Mi hermano ha de venir:
que partais al punto os ruego.

Pedro. Asi quereis despedir
á quien os adora ciego?
Perdonad... me habeis de oir.

Que partir de vuestro lado
sin haberme declarado
fuera rigor en los dos,
yo por no haberme quejado,
y por no escucharme vos.

No me mireis enojada
porque mi afan os revelo,
que fuera esquivez sobrada
mirar yo siempre eclipsada
la luz de ese hermoso cielo.

Si por amaros, Raquel,
sois conmigo tan cruel,
la culpa no es de mi estrella,
y solo culpád á aquel
que os ha formado tan bella.

En vano soy noche y dia
atalaya de las rejas,
de los umbrales espía,
pues como su marmol fria
oís mis amantes quejas.

- Qué hiciera por merecer
 una palabra de amor?
Sara. (El alma debe tener
 de bronce si su rigor
 no se deja al fin vencer.)
Raquel. Muy galan sois á fé mia ;
 mas ved que no corresponde
 al noble estado de un conde
 el de una humilde judía.
 Nacísteis para brillar
 en cortesanos salones,
 y en ellos podeis amar,
 don Pedro, sin mancillar
 vuestros timbres y blasones.
Pedro. Si el pecho solo á vos ama,
 por qué sois tan desdeñosa?
Raquel. Ved si fuera vuestra dama
 la que por no ajar su fama
 no sería vuestra esposa.
Pedro. Qué proferís? Premiad pues
 mis amorosas finezas,
 y rendiré á vuestros pies
 mis honores, mis riquezas...
Raquel. Sois en estremo cortés.
 Pero esta infeliz judía
 no puede con su amor, conde,
 premiar tanta bizarría.
Pedro. La razon no se me esconde.
 A otro amais?
Raquel. (Qué diría?)
Pedro. Ya la causa he comprendido
 de tan ingrato rigor.
 Un rival es preferido,
 y yo soy aborrecido...
 que tiemble de mi furor.
 La vida le arrancaré,
 que los desdenes sufrí
 mientras celos no sentí;
 pero celoso sabré
 vengarme.

(Don Enrique aparece en la plaza, y se dirige á la casa de Samuel.)

Raquel. Gran Dios!
Sara. Qué oí?
 Samuel ha abierto la puerta.
Raquel. Ah!
Sara. Ya llega.
Raquel. Por piedad
 ocultaos.
Pedro. Dónde?
Sara. Entrad
 conmigo.
Pedro. Bien.
 (*Don Pedro y Sara se van por la derecha.*)
Raquel. Estoy muerta.

ESCENA X.

RAQUEL, que se sienta, y DON ENRIQUE.

Enrique. Mi vuelta Raquel ignora.
 Mas qué miro! (*Reparando en Raquel.*)
Raquel. (*Levantándose.*) Cielo santo!
 Es un sueño?
Enrique. No, mi encanto.
 Es tu amante, que te adora.
 Mas tú lloras, vida mía,
 cuando me vuelves á ver?
Raquel. El llanto que ves correr
 es, Enrique, de alegría.
 Y no debe darte enojos
 que el placer que inunda el pecho,
 no cabiendo en él, deshecho
 quiera brotar por los ojos.
 Pues de verte tan sediento
 se hallaba mi corazón,
 que me parece ilusión
 que aduerme mi pensamiento.
Enrique. Con tan tierno afán, hermosa,
 anhelabas mi venida?
Raquel. Si alienta tu amor mi vida,
 cómo sin él ser dichosa?
 Durante tu ausencia llena
 de viva inquietud el alma
 perdió la plácida calma

que á tu lado la enajena.
 De mis ojos huyó el sueño,
 y si alguna vez dormía,
 soñaba que te veía
 en los brazos de otro dueño.
 Y entonces, con desvarío
 pavoroso despertando,
 encontraba el lecho blando
 regado del llanto mio.
 Cuántas veces sorprendió
 mi afán el alba importuna,
 y cuántas noches la luna
 mis suspiros escuchó!
 Suspiros del alma eran,
 y aunque á tí se dirigian,
 las auras se los bebían,
 y en vano esperé volvieran.

Enrique. Tu amor es mi Dios, Raquel,

y cuando tus ojos miro,
 con tal frenesí deliro
 que me creo igual á él.
 Y asaltando á mi memoria
 seductoras ilusiones,
 en plácidas sensaciones
 sueño un porvenir de gloria.
 Pues me muestra su camino
 la luz de tus ojos bellos,
 y no dudo que son ellos
 la estrella de mi destino.

Raquel.

Tambien con loca pasion
 al mirarte el alma siente;
 no es amor, es fuego ardiente
 que abrasa mi corazon.
 Mas ay! para qué alimento
 esperanzas lisonjeras,
 si son cual nieblas ligeras
 que leve deshace el viento.
 Así ve purpúrea rosa
 marchito el rojo boton
 al soplo del aquilon
 cuando se halla mas hermosa.
 Un bando... gran Dios! no puedo

sin estremecerme...

Enrique.

Calma
el hondo dolor del alma,
que no saldrás de Toledo.
Al padre del rey prestó
el vuestro algunos tesoros
para hacer guerra á los moros,
y Alfonso no lo olvidó.
A Toledo llegará
mañana, y yo parto ahora
en su busca, pues ignora
mi vuelta.

Raquel.

Mañana...! Ah!

Enrique.

Sin mas conseguir espero
que se nos muestre propicio,
y en premio de este servicio
tu amor, tu amor solo quiero.

Raquel.

No, Enrique; es desvarío
contra el destino luchar;
nos debemos separar,
pues nunca puedes ser mio.
Por qué insensata te amé?
Sublime, puro y ardiente
soñaba un amor mi mente,
y para amar desperté.
Oh! me estremece una idea.
Naciste de noble cuna,
y yo debí á la fortuna
nacer miserable hebrea.

La nobleza de Castilla
al descubrir nuestro amor,
no mirará con horror
á quien su lustre mancilla?

Enrique.

No temas. Quién el impío,
quién el osado será
que á nuestro amor se opondrá
mientras lata el pecho mio?
Yo como noble lidié;
cuna ilustre me meció;
Raquel, amándote yo,
si no eres noble, te haré.

Raquel.

Entonces que era injuriar,

Enrique, á tu Dios dirian.
Enrique. Si tal dijeran, mentian,
 porque él nos enseña á amar.
 Y amor tambien es un Dios,
 pues reune en este suelo
 dos corazones, y á un cielo
 eleva juntos los dos.
 (*Samuel, Jacob y Roboan se dirigen á la casa de
 aquel.*)

ESCENA XI.

DICHOS. SARA.

Sara. Tu hermano viene.
Raquel. Qué oigo!
Enrique. A Dios, Raquel.
Sara. Deteneos,
 que va á entrar por esa puerta.
Enrique. Pues por la ventana...
Sara. Menos,
 que suena gente en la plaza
 y os verán.
Enrique. Por aqui...
 (*Queriéndose retirar por donde se fué don Pedro.*)
Raquel. (Cielos!
 Y el conde... ya le olvidaba.)
 Por ahí no.
Sara. Me ocurre un medio.
Raquel. Cuál?
Sara. Detras de esa cortina...
Enrique. Y yo he de ocultarme?
Sara. Presto,
 que llega.
Raquel. Por Dios, Enrique.
Enrique. Solo por tí me resuelvo. (*Se oculta.*)
Raquel. (*Bajo.*) Ah! Sara! temblando estoy.
 Si le habrá visto don Pedro?
Sara. (*Id.*) No temas, que al pobre conde
 le tengo en mi cuarto preso.
Raquel. Pues hazle salir al punto
 por la otra escalera.
Sara. Entiendo.

Raquel. Apaga la luz, que yo
voy á quedarme en acecho.

ESCENA XII.

SAMUEL. ROBOAN. JACOB, *con una linterna.*

Samuel. En esta estancia podemos,
sin que nos oiga mi hermana,
determinar si mañana
de Toledo partiremos.

Roboan. No me parece acertado
sin ver á Alfonso.

Jacob. Quizá
es cierto que salió ya
de Carrion.

Roboan. Lo han afirmado.

Samuel. Y aun cuando venga, creéis
se oponga á lo que mandó
la reina?

Jacob. Pienso que no.

Samuel. Amigos, no lo dudeis:
nuestro destierro es seguro.

Roboan. Pero no hay otra esperanza?

Samuel. Solo la de la venganza,
que sabré tomar, lo juro.
Nos destierran! Comprendemos
la causa, y lo que pretenden;
su codicia vil encienden
las riquezas que tenemos.
Con industria y con afañes
adquiridas ellas son
del trabajo el galardón,
y no vuestras, holgazanes.
Ellas servirán también
contra la ingrata Castilla,
que altanera nos humilla
con tan infame desden.
Roboan. Sí, venganza.

Samuel. Mis deseos
son los tuyos, Roboan:
presto los nobles verán

:

cuál se vengan los hebreos.
 En el Leonés bizarro
 hallaremos proteccion,
 si nos la niega Aragon
 y el rey don Sancho el Navarro.
 Qué importa afecten los tres
 no ser de Alfonso enemigos,
 si el odiarse, aun siendo amigos,
 comun en los reyes es,
 y sus antiguos rencores
 encienden en un instante?

Enrique. Que por Raquel ahora aguante
 á tan necios habladores!

Samuel. Qué es lo que acabo de oír?
 Alguno se halla escondido.

Enrique. El labio traidor me ha sido;
 no hay mas medio que salir.

ESCENA XIII.

DICHOS. DON ENRIQUE, *embozado el rostro.*

Samuel. Aquí un hombre!

Enrique. Un caballero.

Samuel. Pues que lo seais ó no,
 el rostro he de veros yo.

Enrique. Vos lo quereis?

Samuel. Yo lo quiero,
 y es un hombre el que os habló.

Enrique. He de salir.

Samuel. No, despues.

Enrique. Deje paso el importuno.

Samuel. Aquí no pone los pies,
 sin que yo sepa quién es,
 del rey abajo, ninguno.

Roboan. Mataréle, porque así
 no nos descubra.

Jacob. Un espía
 debe ser.

Samuel. Dejádme á mí.

Jamas asesino fui,
 ved si ahora lo sería.

Enrique. Nobleza tiene el hebreo.
Samuel. Y como no fué prestada
 la guardo, y no está empañada.
 Eh! descubríos.

Enrique. No creo
 me obligue á sacar la espada.

Samuel. Se atreve aun...

Enrique. Calle ya,
 que de mi valor es mengua
 que mientras callado está
 el acero hable la lengua.

Samuel. Pues vos lo quereis será.
 Que en demasía altanero
 sois, vive el Dios de Israel,
 y no acostumbra Samuel
 á sufrir tanto. Qué espero?
 descubrámosle.

Jac. y Rob. A él.

ESCENA XIV.

LOS JUDIOS *se lanzan sobre DON ENRIQUE: éste saca la espada, y RAQUEL se interpone entre ellos.*

Raquel. Jacob, Roboan, por Dios!
 Detente, hermano.

Samuel. Qué miro!
 Raquel... si fueran los dos...
 estoy despierto ó deliro?

(Durante la última escena el alguacil y varios hombres cruzan la plaza y se dirigen á la casa de Samuel.)

ESCENA XV.

LOS MISMOS, y SARA *precipitada.*

Sara. Ah! Samuel!

Samuel. Qué es lo que ocurre?

Sara. Unos hombres encubiertos,
 que son sin duda alguaciles,
 han entrado en casa.

Raquel. (Cielos!)

- Samuel.* Cómo se atreven...
Raquel. (*Bajo á Sara.*) Y el conde?
Sara. (*Id.*) Otra vez se encuentra dentro,
 que al ir á abrirle la puerta
 por la otra escalera, ellos
 entraron. Hélos aquí.
Raquel. Dios mio!
Enrique. (*Se retira á un lado.*)
 (Embozado observo.)

ESCENA XVI.

DICHOS. EL ALGUACIL y varios dependientes de justicia.

- Alguacil.* (*A los judíos.*)
 Daos á prision.
Samuel. Por qué causa?
Alguacil. Aun tienes atrevimiento
 de preguntarlo? Estas horas
 en qué las ocupais, perros?
 Al fin en el conciliábulo
 os he cogido, y espero
 que las pagueis todas juntas.
 Conspiradores tenemos?
 (*Reparando en don Enrique.*)
 Calla...! y aquel?
Raquel. (Ay! Enrique!
 Si por mí le llevan preso...)
Alguacil. (*Acercándose á don Enrique, y tocándole
 suavemente en el hombro.*)
 Hola? Tambien vos aquí?
 Cayó el pez en el anzuelo.
 Me dísteis de cuchilladas,
 y yo he de daros en premio
 una recomendacion
 para el rey. Nos pagaremos.
 Entre judíos, eh? Acaso
 conspirador como ellos?
 No responde? Muy bien hace.
 Vamos, señor caballero,
 venid conmigo. Pardiez
 descortés fuera en extremo
 si os dejara marchar solo

por las calles de Toledo.

(*A los judíos.*)

Vosotros también vendreis.

Raquel. Gran Dios! Adónde?

Alguacil. Al infierno.

Enrique. (Antes á él irás tú,
si no guardas el secreto.)

Oid.

(*Cogiendo del brazo al alguacil, y llevándole á un estremo de la sala.*)

Aquí no conspira
ninguno.

(*Descubre un poco el rostro sin que los demás lo noten.*)

Alguacil. Ah! señor...!

Enrique. (*Vuelve á cubrirse.*) Silencio.

Lo que esta noche hayais visto,
figuraos que es un sueño
dorado, mientras se duerme,
y despertando muy negro.

(*Al marcharse por medio de los judíos, que le miran con sorpresa, tropieza en la puerta que va á la plaza con don Pedro.*)

ESCENA XVII.

LOS MISMOS Y DON PEDRO, embozado.

Pedro. He perdido la escalera,
y no sé dónde me encuentro.

Enrique. Quién va?

Pedro. No lo ve?

Enrique. (No es este
el hombre que fuí siguiendo?)

Samuel. Otro embozado en mi casa!

Raquel. (Gran Dios!)

Sara. (Buena la hemos hecho.)

Enrique. (Si le ocultaba Raquel,
averiguarlo pretendo.)

Pedro. (Si es mi rival, oh! su sangre
no ha de bastar á mis celos.)

(*Don Enrique habla con el alguacil aparte.*)

Alguacil. (*A Jacob, Roboan y los alguaciles.*)

Seguidme vosotros.

34
Samuel.

(Quieren
dejarne solo con ellos;
mas para los dos no saben
que á Samuel sobran alientos.)
Retírate. (*A Sara.*)

Sara.

(Eso queria.) (*Vase.*)

Raquel.

(Soy una estatua de yelo.)

ESCENA XVIII.

DON ENRIQUE. DON PEDRO. SAMUEL. RAQUEL.

Samuel.

Vuestro objeto habeis logrado,
encubierto caballero: (*A don Enrique.*)
pues solos hemos quedado,
qué haceis aqui saber quiero.

Enrique.

Antes puede preguntar
al otro, que yo despues
respuesta le sabré dar.

Pedro.

Responda primero pues.

Raquel.

(Qué le dirá?)

Enrique.

Eso no:
que si vos, segun infiero,
vinísteis antes que yo,
justo es que hableis el primero.

Pedro.

Ved que os empeñais en vano.

Enrique.

Lo que le he dicho ha de ser.

Pedro.

Os burlais?

Raquel.

Dios soberano!

Enrique.

Yo he de hacerle responder.

Pedro.

(*Con ironía.*)

Vos? estais loco...

Samuel.

Sufrir
no puedo mas, vive Dios!
que de aqui no han de salir
sin responderme los dos.
En mi casa habeis entrado
mientras estaba ausente de ella;
la razon he adivinado,
que aunque tengo hermana bella
en su honor mancha no cabe,
que es mi hermana (finjo mal),

luego los dos teneis llave
para robarme el caudal.

Judío!

Pedro.

Samuel.

Qué he de creer,
cuando hasta el rostro encubris?

Pedro.

(*Se descubre.*)

El mio podéisle ver.

Enrique.

(Don Pedro!)

Pedro.

No os descubris?

Enrique.

No.

Raquel.

Cielos!

Samuel.

Es ilusion?

Un conde en mi casa está,

y otro embozado; no son

ciertas mis sospechas ya?

A qué aguardo? Caballeros,

aunque nacido lo hayais,

y espuelas lleveis, y aceros,

cual villanos os portais.

No contentos todavía

con haberme desterrado,

mas hondo en el alma mia

habeis el puñal clavado.

No siendo esto suficiente

á apagar vuestro rencor,

quereis grabar en mi frente

la mancha del deshonor?

Que no venís á buscar,

cual antes os dije, el oro,

que venís á profanar

el ídolo que yo adoro.

Oh! sois infames de suerte,

que sabiendo es mi ilusion

Raquel, para darme muerte

me herís en el corazon.

Mas tan negra villanía

castigaré: defendeos.

(*Sacando la daga.*)

Raquel.

(*Deteniéndole.*)

Por piedad!

Pedro.

La espada mia
nunca esgrimí contra hebreos.

- Samuel.* Quién es mas noble, señor,
ya que de ello blasonais,
yo que defiendo mi honor,
ó vos que el vuestro infamais?
Ved que os honro, castellanos,
con vos midiendo mi acero,
porque aqui sois los villanos,
y yo soy el caballero.
- Enrique.* No me está bien castigar
á quien se juzga ofendido,
cuando acabo de tocar
un desengaño.
- Raquel.* (Qué he oido?)
De mi fé sospecha ahora.)
Todo lo he de descubrir.
Enrique.
- Enrique.* Aparta, traidora.
- Raquel.* Qué te atreves á decir?
No soy la culpada yo.
- Enrique.* Si él en tu casa se esconde...
- Raquel.* Sara la puerta le abrió;
que diga si le amo el conde.
- Pedro.* Qué escucho!
- Enrique.* Raquel amada!
- Raquel.* Le adoro, hermano: perdon!
- Samuel.* Ah! Qué has hecho, desgraciada?
- Pedro.* Le arrancaré el corazon.
Seguidme.
- Enrique.* Como querais.
- Raquel.* Qué he de hacer? Van á reñir.
(Don Enrique logra desasirse de Raquel, y sigue á don Pedro.)
- Pedro.* Partamos pues.
- Raquel.* No vayais.
- Samuel.* Oh! Yo los he de seguir;
y al que venciere despues
sabrà castigar mi brio.
- Raquel.* (Samuel sale precipitado detras.)
Detente, hermano. Dios mio!
Quién morirá de los tres! (Cae en un sillón.)

Sornada segunda.

Alcázar de Toledo. Cámara adornada con muebles de la época.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO. DON GÜTIERRE.

- Gutierre.* Aun no me habeis revelado
la causa de la pñdencia
que tuvísteis la otra noche.
- Pedro.* Perdonadme la reserva
que guardo con vos, Gutierre.
- Gutierre.* Si el secreto os interesa
importunaros no debo.
Mas no supísteis quién era
vuestro competidor, conde?
- Pedro.* Fué vana mi diligencia;
siempre tuvo recatado
el rostro, y en la pelea
no le pude descubrir:
quizá logrado lo hubiera,
pero como vos llegásteis
cesó el combate.
- Gutierre.* Fué buena
casualidad: sabed, conde,
que tengo algunas sospechas
de que fuese...
- Pedro.* Quién! decid.
- Gutierre.* Oh! Si no mienten las señas
en Toledo se encontraba
don Lope la noche aquella:

preguntad á don Rodrigo,
que llegó con él.

Pedro. (Si fuera
mi rival... yo lo sabré.)

Gutierre. Y aquel judío, qué ofensa
pudo recibir de ambos?
Si la justicia no llega
vive el cielo que el hebreo
hubiera armado una buena,
y aunque quisieron prenderle
os opusisteis...

Pedro. Dió muestras
de valor, y á los valientes
merece se los defienda.

(*Mirando adentro.*)

Gutierre. Pero el rey se ha levantado.
Descansar no pudo apenas.
Ayer vino de Carrion,
y no ignorais que se acuesta
bien tarde: mucho del reino
á los negocios se entrega.

ESCENA II.

DICHOS. DON ESTEBAN. ILLÁN.

Illán. Salud, nobles caballeros.
Habeis visto á sus altezas?

Pedro. En su cámara no entramos.
Traéisles alguna nueva?

Illán. No, don Pedro, nada ocurre;
pero como hoy se celebran
las glorias de don Alfonso
con gran regocijo y fiesta,
para acompañarle al templo
con doña Leonor la reina
he venido solamente,
que así lo exige y ordena
mi deber.

Gutierre. Gobernador
sois de Toledo, y es fuerza
que cumplais con vuestro cargo.

Y la funcion cuándo empieza?

Illán.

Presto será, don Gutierre,
pues al pasar por la iglesia
la he visto llena del pueblo
que á sus monarcas espera
rebotando de alborozo.

Pedro.

Será la funcion soberbia.

Illán.

Oh! no lo dudo: vereis
los balcones y las rejas
coronadas de hermosuras
que ricas galas ostentan,
al sol robando sus rayos,
y el alma á quien las contempla.
Las pintadas colgaduras
de oro, de plata y de seda,
que á los celages del sol
tan brillantes reverberan,
que vierten un mar de rayos
iluminando la esfera.

Vereis la flor de Castilla
con las moriscas banderas,
testigos de su deshonra,
como de la gloria nuestra,
cuyos vistosos colores,
si á merced del viento ondean,
pensil de flores parecen
que girando el aire pueblan.

Y si al templo os trasportais,
con agradable sorpresa
oireis tambien, caballeros,
la armonía lisonjera
con que al trono del Querube
himnos de gloria se elevan.

Oh! de agradar á sus reyes
siempre desvelada, atenta
á su servicio, Toledo,
la noble ciudad se precia.

Pedro.

Teneis razon; lo pregona
la fama asi.

Gutierre.

Mientra empieza
la funcion, á don Alfonso
pretendo ver.

Illán. Yo á la reina.
Gutierre. No me acompañais, don Pedro?
Pedro. Como gustéis.
Gutierre. Don Esteban,
 hasta después.
Illán. Dios os guarde:
 nos veremos en la iglesia.

ESCENA III.

SAMUEL.

En palacio estoy; veré
 si consigo al rey hablar;
 nunca Alfonso injusto fué,
 y si me llega á escuchar
 á mi pueblo salvaré.

ESCENA IV.

SAMUEL. DON RODRIGO, *con un pergamino rollado en la mano.*

Rodrigo. Si este perdon á Raquel
 entregárselo pudiera
 sin que su hermano supiera...
(Viendo á Samuel.)
 Un judío... será él?
 Voy á acercarme, y así
 descubriré su intencion.
 Qué busca en este salon?
Samuel. Sois vos de la corte?
Rodrigo. Sí.
Samuel. A su alteza hablar deseo.
Rodrigo. Al rey?
Samuel. Al rey.
Rodrigo. *(Qué querrá?)*
 Su alteza ocupado está,
 y que lo logreis no creo.
Samuel. Al templo tiene que ir,
 y hablarle al paso podré.
Rodrigo. Tardará.

- Samuel.* Me esperaré.
- Rodrigo.* (Él es, y debo impedir que le vea.) Será en vano, que hoy no puede dar audiencia.
- Samuel.* (Parece que mi presencia importuna al castellano.) Para escuchar al vasallo siempre el rey dispuesto está.
- Rodrigo.* (Pues el hombre no se va... y qué medio... no le hallo. Solo dándole el papel se puede lograr mi objeto; sabe parte del secreto, que sepa otra parte de él.)
- Samuel.* (Me observa el hidalgo mucho. Qué sospecha! Si será...
(*Mirándole atentamente.*)
Mas no.)
- Rodrigo.* Conoceis quizá á un tal Benjamin?
- Samuel.* (Qué escucho!)
- Su nombre?
- Rodrigo.* (*Mostrándole el pergamino.*)
Miradle aqui.
Samuel se llama.
- Samuel.* Qué veo!
- Rodrigo.* Sabeis quién es ese hebreo?
- Samuel.* Sí, pardiez. Yo soy.
- Rodrigo.* Vos?
- Samuel.* Sí.
- Rodrigo.* Llegásteis esta mañana en oportuna ocasion.
- Samuel.* Y bien?
- Rodrigo.* (*Le da un pergamino.*)
Tomad el perdon de vos y de vuestra hermana. Os hace el rey tal merced, porque alguien, según indicios, le recordó los servicios de vuestro padre. Leed.
- Samuel.* (Conviené disimular.) (*Lec.*)
Teneis razon: á su alteza

agradezco la fineza,
y nunca la he de olvidar.
Decís que el rey no puede hoy
oirme?

Rodrigo. Si habeis logrado
no salir ya desterrado,
con qué intento...

Samuel. Ah! sí: me voy;
(porque avisar á Raquel
y volver con ella anhelo.)

Rodrigo. Hebreo, guárdeos el cielo.

Samuel. Y á vos el Dios de Israel.

ESCENA V.

DON RODRIGO.

Maldito judío! Al fin
conseguí lo que queria.
Altanero es á fé mia
el tal Samuel Benjamin.

ESCENA VI.

DON RODRIGO. DON PEDRO.

Pedro. No se engañó don Gutierre.
Aqui don Rodrigo se halla,
y el hermano de Raquel
hablando con él estaba.
Salud, noble don Rodrigo.

Rodrigo. Vos aqui, conde?

Pedro. Os estraña?

Rodrigo. No, pardiez; mas encontraros
en la iglesia imaginaba.

Pedro. Aun no ha empezado la fiesta,
y pues mi fortuna alcanza
que los dos solos estemos,
que respondais deseara
á una pregunta.

Rodrigo. (Comprendo
su intencion: no sabrá nada.)

Decid, conde.

Pedro. Conoceis
á ese judío que acaba
de separarse de vos?

Rodrigo. Solo esta vez vi su cara;
mas no puedo adivinar
con qué intento...

Pedro. Tened calma,
y os lo diré. Segun eso,
tampoco á su linda hermana
conócereis, don Rodrigo?

Rodrigo. Ignoro quién es la dama
de que me hablais.

Pedro. Es posible?
Cómo don Lope de Vargas,
vuestro amigo, os ha ocultado
el nombre de la que ama?

Rodrigo. Don Lope de una judía
enamorado?

Pedro. No falta
quien le ha visto, apenas tiende
su manto la noche opaca,
ser espía de las rejas
de Raquel, que asi se llama,
y no falta quien afirma
que algun otro le acompaña,
y en tanto que con la hebrea
en tierna amorosa plática
don Lope las dulces horas
mira deslizarse rápidas,
el otro queda en la calle
para avisar la llegada
del hermano; mas no siempre
muestra diligencia tanta
que no sorprenda el judío
dentro de su misma casa
al que su nombre ocultando
de amor requiere á su hermana.

Rodrigo. Enterado estais por cierto
de una historia asaz estraña,
mas quizá os equivoqueis,
y el que suponen ser Vargas

sea otro galán.

Pedro. Qué escucho!

Luego vos sabeis...

Rodrigo. Yo... nada.

Pedro. Niega en vano vuestra lengua
lo que en la faz se retrata.

Esa sonrisa revela
que la verdad me disfrazo.

Rodrigo. Señor conde!

Pedro. Quiero hablaros
sin rodeos.

Rodrigo. (Él declara
su amor. Oigamos.)

Pedro. A vos
os vieron noches pasadas
cuando lejos de Toledo
el rey don Alfonso estaba,
cruzar de Raquel la calle
espiando sus ventanas,
y negarlo no querais,
que aunque el rostro recatábais
os conocieron.

Rodrigo. Y acaso
lo intento negar?

Pedro. Oh! rabia!

Luego por vos, don Rodrigo,
me ha desdeñado la ingrata!
Luego sois vos quien osado
lidió conmigo en la plaza,
y el amor de esa judía
me roba?

Illán. (Saliendo.) Qué oigo! (Se detiene.)

Pedro. Reclama
tan grande ofensa un castigo;
salgamos pues de este alcázar,
y castigará el acero
de mis celos la venganza.

ESCENA VII.

Al salir DON PEDRO y DON RODRIGO los detiene ILLÁN.

Illán. Caballeros, deteneos.

Rodrigo. Don Esteban!

Illán. Ibais vos
á lidiar con don Rodrigo
por una hebreá...? qué horror!
Dos ilustres caballeros,
juquetes de una pasión
vergonzosa, han pretendido
á su bárbaro rencor
sacrificar una vida
que es de su patria...? Oh! baldon!
Caber pudo en nobles pechos
tan ruin venganza...!

Rodrigo. Señor,
al conde yo no retaba,
él fué quien me provocó
á un duelo... ved. si pudiera
un noble empañar su honor...

Illán. Entiendo: habéisle admitido
porque caballero sois.
Mas á vos, conde, qué obliga
á tan criminal acción?

Pedro. Pues oísteis, don Esteban,
lo que hablabamos los dos,
es inútil que os explique
los motivos...

Illán. Los sé yo.
Celoso, don Pedro, estais;
y por ventura es razón
que á tan nobles caballeros
una hebreá inspire amor?

Pedro. Pardiez, que me ha sorprendido
que tal lenguaje useis vos.
Sin duda el buen don Esteban
su juventud olvidó,
cuando también á una hebreá
con tan violenta pasión
amaba, que atropellando
su deber, muerte la dió
de su esposo la venganza:

Illán. Qué oigo! Callad por Dios.
Bastante tiempo, don Pedro,
desgarra mi corazón

de mis juveniles años
 ese recuerdo traidor;
 bastante tiempo á mi alma
 la memoria emponzoñó
 de una muger que adoraba
 con tan criminal ardor,
 que la justicia del cielo
 airado le castigó;
 y pues sabeis esa historia
 que fué fatal á mi honor,
 estinguid en vuestro pecho
 la llama que le abrasó,
 antes que el tormento horrible
 que yo sufrí, sufrais vos.

Pedro.

Os agradezco el consejo;
 mas no he de seguirle yo,
 porque olvidar á la hermosa
 que es mi mágica ilusion
 es tan difícil empresa,
 como pretender del sol
 apagar el rayo ardiente
 que vivifica á la flor.
 Ameme ella, y entonces
 vereis si tan necio soy
 que desdeñe por humilde
 á la que bella nació:
 sus timbres son los encantos
 de su rostro seductor;
 pues si heredados blasones
 suerte avára la negó,
 si nos separa la cuna
 nos reunirá el amor.

Illán.

Desgraciado! Ese delirio
 que turba vuestra razon
 os ha de ser muy funesto.
 Pero doña Leonor
 se dirige hácia este sitio.

Rodrigo.

Quedad con su alteza vos.

Illán.

Pero no ireis á ese duelo,
 ó de lo contrario...

Pedro.

Os doy
 mi palabra de que ahora

parto al templo del Señor.
 (Después...) (*Bajo á don Rodrigo.*)
Rodrigo. (Entiendo.) (*Id.*) (Qué necio!
 Su rival juzga que soy)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR. ILLÁN.

Illán. Si no temiera, señora,
 que os enoje mi franqueza
 preguntara á vuestra alteza
 qué pesar la aflige ahora.
 Pues si el alma goza un bien
 pinta el rostro sus señales,
 y la huella de los males
 dibuja el rostro también.
 En el vuestro inquieto afán
 ver retratado creí;

Leonor. perdonad si me atreví...
 Perdonaros? De qué, Illán?
 Me habeis acaso ofendido?
 Mostráisme en ello querer,
 y lo debo agradecer,
 porque sé que no es fingido.
 Siempre fuisteis el espejo
 de lealtad acendrada,
 y bien sabéis que me agrada
 me asistais en el consejo.

Illán. Favorecido y honrado,
 tanto mi fortuna alcanza
 que de vuestra confianza
 habéisme digno juzgado.
 Esta es mi gloria mayor,
 bella ilusion del deseo
 que ya realizada veo
 con placer encantador.

Leonor. No tendreis queja de mí;
 y pues lo estimais en tanto,
 aunque es ligero el quebranto
 os diré lo que sentí.
 Desde que á Toledo mi esposo
 ha vuelto, mi pena crece;

pues le miro y me parece
 que está inquieto y afanoso.
 Que le adoro sabeis bien ,
 y si padece algun daño,
 mi corazon no es extraño
 que le padezca tambien.
 Ayer en el rostro vi
 de su inquietud muestra clara ;
 pues oculta le observara
 sin que él me observase á mí.
 Y aunque al preguntarle luego
 de su pesar la ocasion
 me dijo ser ilusion
 que forjó el capricho ciego ,
 convencida no quedé.

Illán.

Desechad vano recelo:
 el origen del desvelo
 de su alteza yo le sé.
 En las córtes de Carrion
 por ver al moro humillado ,
 de asentar paz ha tratado
 con Navarra y Aragon.
 Y como su alteza ignora
 cuál recibida será
 su embajada , inquieto está
 hasta saberlo , señora.
 De su boca escuché enantes
 lo que de la mia oís.

Leonor.

Las razones que decís
 son á inquietarle bastantes.
 Mi duda habeis destruido ,
 y en el alma os lo agradezco,

Illán.

Señora... no lo merezco ;
 os dije lo que he oido.

Leonor.

Mudemos conversacion:
 Sabeis qué efecto ha causado
 lo que mandé ?

Illán.

Entusiasmado
 oyó Toledo el pregon.
 Aborrece á los hebreos ,
 y su destierro debia
 inspirar mucha alegría.

Leonor. Llevé á cabo sus deseos.
 Ahora no han de temer
 mis leales toledanos
 que cual en tiempos lejanos
 la ciudad quieran vender.
 Infame fué su traicion!
 Coligarse con los moros
 para robar los tesoros
 de su patria... qué baldon!
 Mañana deben salir
 de Toledo.

Illán. Miserables!
 Sin ser ellos los culpables
 el castigo han de sufrir.

Leonor. Vamos al templo, que ya
 debió empezar la funcion.

Illán. Lo olvidé, teneis razon.
 Y el rey?

Leonor. Aguardando está.

ESCENA IX.

RAQUEL. SAMUEL.

Raquel. Adónde me conduces?

Samuel. De Toledo
 en el alcázar regio nos hallamos:
 al ver el lujo y fausto magestuoso,
 tanto esplendor y tan brillantes galas,
 los tapices y alfombras de colores
 que adornan esas salas
 y hermosas galerías,
 por ventura, Raquel, no conocias
 que pisabas de un grande de la tierra
 la soberbia morada? Este el palacio
 de Alfonso octavo es, altivo alcázar
 que á mirar no se atreve
 el mortal, asombrado
 del coloso que él mismo ha levantado.

Raquel. Quieres hablar al rey?

Samuel. Ese es mi objeto.
 El pueblo de Israel en mí confia,

y encargado por él de ver á Alfonso,
 le vengo á suplicar que en este día
 de regocijo y fiesta, del hebreo
 calme la honda inquietud y enjague el llanto.
 Tú á la reina verás; tal vez tus ruegos
 su pecho ablanden, y mi hermana sea
 el angel de mi pueblo en su quebranto.

Raquel.

Si de Raquel las lágrimas pudieran
 borrar las huellas de su pena amarga,
 ah! con cuánto placer las vertería!

Samuel.

Infelices! hoy mismo el castellano
 nuestro dolor insulta, hoy en el templo
 solemnizando ufano
 de su rey don Alfonso las victorias,
 nos recuerda que errantes por el mundo,
 sin componer nacion, de agenas glorias
 mudos admiradores, no podemos
 las nuestras admirar... no las tenemos!
 Hoy todos gozan, el pechero, el noble,
 el rico home esforzado de Castilla,
 todos sonrien con orgullo altivo,
 y solo el pueblo de Israel se humilla.
 Él solo llora, y sus dolientes quejas
 demandando piedad exhala en vano,
 la pública algazara las sofoca;
 y si un gemido en su dolor profundo
 se escapa de su boca,
 y súbito el oido

del castellano hierre, su alegría
 le parece quizá dulce sonido
 que de la aérea mansion su Dios le envía.

Raquel.

Injusto eres, Samuel; tal vez alguno
 de esos nobles lamenta nuestras penas,
 y aliviarlas pretende.

Samuel.

Alguno dices...?

Por qué, ingrata Raquel, por qué envenenas
 con los recuerdos de tu amor funesto
 los días de un hermano que te adora?

Raquel.

Perdon! perdon! Samuel.

Samuel.

Tanto le amas!

Te sedujo ese brillo cortesano;
 sus galas y sus ricos atavíos,

y en tu delirio insano
el descender de míseros judíos
te diera horror quizá...

Raquel.
Samuel.

Por piedad! cesa...

No te culpo, Raquel. Ah! pobre niña!
Sueñas un mundo como tú inocente,
risueño, encantador, y no concibe
el negro dolo y la maldad tu mente.
Asi el tierno capullo á quien arrulla
la blanda brisa en el Abril florido
del invierno no siente los rigores
hasta que al soplo de Aquilon sañudo
se deshacen sus hojas de colores.
No concibes que el labio miente osado
tal vez al pronunciar un "yo te adoro,"
y que debajo de un vestido de oro
pueda latir un corazon malvado.

Raquel.

Malvado Enrique? Ah! no, no lo creas;
su alma cual la tuya generosa
desconoce el disfraz. Samuel, perdona
el haberte ocultado este secreto.
Le amo, á qué negarlo? Cuántas veces
fueron de nuestro amor mudos testigos
rojo clavel y cándida azucena,
y cuántas escuchaba
que dulces juramentos repetía
el cristal que en la fuente murmuraba,
y el aura que en las flores se mecía.

Samuel.

Desgraciada! No sabes el estrago
que causa una pasion en tiernas almas.
Cual aspid que en el seno
de la rosa abrigado, apenas bebe
el dulce nectar vierte su veneno
en las hojas de púrpura y de nieve,
asi el amor del noble se alimenta,
del soberbio magnate. Qué le importa
de amante corazon el holocausto?
Qué es el amor para quien solo sueña
en su grandeza y fausto?
Pero no temas; tienes todavía
un hermano que sabe defenderte
de traidora asechanza,

y á quien tu honor ofenda, con la muerte
castigará terrible mi venganza.

ESCENA X.

LOS MISMOS. DON PEDRO.

Pedro. No pude permanecer
en el templo; inquieto estoy:
y no he de conseguir hoy
á Raquel hermosa ver?
Pero, qué miro...! no es ella?
Y su hermano me vió ya.

Samuel.

No es aquel don Pedro?

Raquel.

(Ah!

Siempre fatal es mi estrella.)

Samuel.

Caballero, todavía
con atrevimiento loco,
teniendo mi furia en poco
seguís á la hermana mia?
Ni aun aqui mismo de vos
libre ha de verse?

Pedro.

Qué oi!

Samuel.

Pensais burlaros de mí?
Pues no lo hareis, vive Dios!
Porque si en la noche aquella
no os dió castigo mi saña,
fué porque tuvísteis maña
para libertaros de ella.

Pedro.

Judío!

Samuel.

Lo dicho, sí.

Temiendo lidiar conmigo
hicísteis que vuestro amigo
se os apareciera alli.
De valor haceis alarde
con altiva presuncion;
pero en aquella ocasion
obrísteis como un cobarde.

Pedro.

A mí cobarde!

Raquel.

(Dios mio!)

Samuel.

No acariciéis el acero,

pues tan noble caballero
despreciar debe á un judío.
Pero el judío, señor,
venganza sabe tomar
de quien intenta empañar
el espejo de su honor.
Y pues reñir no quereis
despues de haberme ultrajado,
y en vano os he provocado,
mi venganza probareis.

Pedro. Desprecio solo me inspira
ese lenguaje atrevido,
que quien humilde ha nacido
no puede encender mi ira.
Que si igual fuérais á mí
no sufriera tanta mengua,
y os arrancara la lengua
que se atreve á hablar así.
Pero salid al momento
antes que doña Leonor
vuelva á palacio.

Samuel. Señor,
al rey aguardar intento.

Pedro. Pretendes acaso...

Samuel. Ahora
lo vereis.

Raquel. Viene su alteza
seguida de la nobleza.

Pedro. (Oh! Yo sabré á quién adora.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS. DOÑA LEONOR. DON RODRIGO. DON GUTIERRE.
CABALLEROS y GUARDIAS. SAMUEL y su hermana se reti-
ran á un lado. DON PEDRO se reune con los nobles ob-
servando los movimientos de RAQUEL.

Gutierre. Os agradó la funcion ?

Leonor. Gutierre, escelente ha sido;
lucirse el clero ha sabido,
que la celeste mansion
el templo me ha parecido.

Brillaba cual ascua de oro,
y al entrar en él creía
que á los ángeles oía,
porque tan sublime coro
enagenó al alma mia.
Al rey tanto ha complacido
que el parabien dando está
al arzobispo.

(*Mirando atentamente á ambos y á Raquel.*)

Pedro.

(Será

don Lope el favorecido,
ó don Rodrigo quizá?)

Samuel.

Señora... (*Acercándose.*)

Leonor.

Quién se halla aquí?

Samuel.

A vuestros pies un hebreo...

Var. cab.

Un judío!

Raquel.

(Ay de mí!)

Leonor.

Qué quieres?

Samuel.

Solo deseo
que oiga vuestra alteza...

Leonor.

Dí.

Pero la jóven aquella
viene contigo?

Samuel.

Es mi hermana.

Raquel.

Señora... (*Postrándose á sus pies.*)

Rodrigo.

(*A los caballeros.*)

Por cierto donosa y bella
judía.

Raquel.

(Suerte tirana!)

Leonor.

Levanta. Di tu querella. (*A Samuel.*)

Samuel.

Por el pueblo de Israel,
al que mandó desterrar
vuestra alteza, á suplicar
vengo mensagero fiel
seais su ángel tutelar.
En vuestra alteza confía
el hebreo desgraciado,
y á vos, señora, me envía,
para que el decreto dado
revoqueis en este día.
Todo en Toledo placer
hoy respira, todo encanto;

y él tan solo debe ser
condenado á padecer
cuando todos gozan tanto?
Ah! señora! Es imposible
que no os mueva á compasion
su mísera situacion:
sois generosa, sensible:
nos negareis el perdon?
La amarga pena calmad
que á un pueblo infeliz agita,
su triste llanto enjugad,
y oireis al israelita
bendecir tanta bondad.

Cab. 2.º

(*A los otros.*) Atreverse aun...

Cab. 1.º

(*Idem.*)

Si fuera

yo doña Leonor, á fé
que castigarle supiera.

Leonor.

Judío, lo que mandé
se ha de cumplir.

Samuel.

(Qué altanera!)

Raquel.

(Gran Dios! Ya no hay esperanza!)

Cab. 1.º

(*A los otros.*)

Buena respuesta!

Cab. 2.º

(*Idem.*)

Escelente.

Cab. 3.º

(*Idem.*) Cual la merece esa gente.

Samuel.

(*A Raquel.*)

(Ya que el ruego no lo alcanza,
he de decir...)

Raquel.

(*A Samuel.*) (Sé prudente.)

Samuel.

A pedir perdon no vengo

para mí, señora, nó;

es para mi pueblo... yo

de don Alfonsó le tengo,

(*La entrega el pergamino.*)

miradle aqui.

Raquel.

(Le mostró...)

Leonor.

La firma y sello del rey

son, don Gutierre.

(*Mirándole, y devolviéndoselo.*)

Gutierre.

Es verdad.

(*A los caballeros.*)

Les concede libertad

- su alteza hollando la ley.
 A un judío!
 (Qué impiedad!)
- Cab. 1.º*
Cab. 2.º
Samuel. No murmureis, que tambien
 de Toledo, castellanos,
 salir queremos; no es bien
 que las palomas esten
 al lado de los milanos.
- Leonor.* Deten el labio, judío.
Samuel. Aunque lo soy, yo jamas
 intenté robar impío
 su honor á nadie, y quizás
 algun cristiano... (*Con intencion.*)
Raquel. (Dios mio!)
- Samuel.* Algun noble de Castilla
 cubierto de galas y oro
 su ilustre cuna mancilla
 yendo á casa del que humilla
 á robarle su tesoro.
 Pensando aleve y traidor
 para lograr su desco
 á la sombra del favor
 poder manchar el honor
 de la hermana del hebreo.
 Mas no lo consigue, no;
 que si este perdon, testigo
 de su plan, el rey le dió,
 sin duda por ser su amigo,
 haréle pedazos yo. (*Le rasga.*)
Pedro. (Insensato!)
- Leonor.* En mi presencia
 te atreviste...
- Raquel.* (Qué imprudencia!)
- Leonor.* Guardias, prendedle.
 (*Los guardias obedecen.*)
- Raquel.* Piedad,
 señora...
 (*Arrojándose á los pies de la reina.*)
- Leonor.* No... apartad,
 castigaré su insolencia.
- Samuel.* Raquel mia! (*Los guardias le conducen.*)
Raquel. Santo cielo

(*Levantándose y dirigiéndose á los guardias.*)
 No os le lleveis. Ah! señora! (*A la reina.*)
 me dejáis en este suelo

sin amparo, sin consuelo;
 quién me protegerá ahora?
 Perdon! perdon! No inhumanos

(*Primero á la reina: luego á los guardias.*)
 de su lado me arranqueis.

Leonor. Llevadle ya.

Raquel. No os doleis
 de mi pesar? Castellanos,
 (*A la reina y á los nobles.*)
 tampoco me protegeis?

Samuel. No intentes, Raquel amada,
 moverlos á compasion,
 que es marmol su corazon,
 y por no deberles nada
 prefiero ir á la prision.

ESCENA XII.

DICHOS. UN UGIER. DON ALFONSO.

Ugier. (*Anunciando.*) Su alteza!

Raquel. El rey. Oh! quizá
 mas compasivo será.
 Gran señor, á vuestros pies...

(*Se arroja á sus plantas sin reparar en él.*)

Alfonso. Dios mio!

Raquel. (*Levanta los ojos, reconoce al rey, y lanza un grito cayendo desmayada.*)

Es Enrique? Ah!

Sam. y Leo. Qué oigo!

Pedro. Mi rival es!

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.



Tornada tercera.

Alcázar de Toledo. Cámara corla.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO. DON GUTIERRE. ILLÁN. VARIOS CABALLEROS.

Rodrigo. (*A Illán.*)

A don Gutierre decid
lo que intenta el moro osado,
pues yo la nueva le he dado,
y duda aun.

Illán. En la lid
quedará desengañado.

Gutierre. Hallarme en ella es mi afán.

Illán. Valiente sois.

Gutierre. Es favor,
mas lo que falte al valor
tened entendido, Illán,
que lo suplirá el honor.

Illán. Nunca dudé que un hidalgo
le tuviera en demasía.
Oh! injuriarle sería...

Gutierre. Y yo, aunque poco valgo,
la injuria no sufriría.

Rodrigo. En fin, el moro á Castilla
se atreve á insultar? Pardiez
que ha de abatir su altivez,
pues fuera negra mancilla
que nos venciese esta vez.
Cuando á Navarra y León

de nuestra parte tenemos,
y nos prestan proteccion,
caballeros, qué tememos?

Gutierre. Siempre duda el corazon.
Mucho don Rodrigo fia
en su amistad: mejor fuera
que un rey Castilla tuviera.

Rodrigo. Le tiene.

Gutierre. Lo fué algun dia,
mas no es hoy lo que ayer era.

Illán. El rey don Alfonso octavo
en cien combates probó
su valor.

Gutierre. El rey fué bravo,
y á sus contrarios venció
cuando era rey, y no esclavo.

Illán. Mirad cómo hablais.

Gutierre. Nací
lejos de la corte, amigo,
y el lenguaje no aprendí
de la ficcion.

Rodrigo. (Con ironia.) Yo creí
otra cosa.

Gutierre. (Furioso.) Don Rodrigo!

Illán. Nadie vulnere su fama,
que ama á sus pueblos el rey.

Gutierre. El rey que á sus pueblos ama
no es esclavo de su dama,
es esclavo de la ley.

Illán. Os atreveis á faltar
al respeto de su alteza?

Gutierre. No os querais alucinar:
él mancilla su grandeza,
y yo la sé respetar.

El rey es cual sol que brilla
tan puro en la azul campaña,
que cualquier nube le empaña.

Don Alfonso de Castilla
un tiempo fué sol de España.

Pero su esplendor brillante
tan fugaz desapareció
que ni una huella dejó

de lo que fuera un instante
 la sombra que le eclipsó.
 Al muelle ocio entregado
 olvida la antigua gloria,
 sin recordar su memoria
 que puede ser mancillado
 tal vez mañana en la historia.
 Se olvida de los laureles
 que hoy marchitos en su frente,
 al navarro y los infieles
 supo arrancarles valiente
 con sus castellanos fieles.
 Y cuando el moro su ruina
 intenta, qué hace en Toledo?
 Cuando el riesgo se avicina,
 tanto valor y denuedo
 dó estan? Nadie lo imagina?
 Ah! lo sabéis, caballeros.
 Los rostros avergonzados
 huís, al ver envainados
 todavía los aceros,
 y vuestros campos talados.
 Talados, sí; lo serán
 en breve si no tenemos
 valor.

Cab. 1.º

Nos sobra.

Cab. 2.º

Qué hacemos?

Gutierre.

Y vos no pensáis, Illán,
 que á la lid partir debemos?
 Nada decís?

Illán.

A mi honor
 importa servir al rey:
 Alfonso tiene valor,
 obedecerle es mi ley;
 quien así no obre es traidor.

Gutierre.

Acaso por mí direis...

Illán.

Aunque en la corte he nacido
 tampoco el arte he aprendido
 del disfraz.

Gutierre.

Os atreveis...?

Illán.

Yo nunca fuera atrevido
 si no me hiciérades vos.

Gutierre. (Enfurecido.) Don Esteban!
Illán. (Con dignidad.) Caballero!
Gutierre. No falta acero á los dos.
Illán. Pues bien, hablará el acero.

ESCENA II.

LOS MISMOS. UN UGIER. *Despues* ALFONSO.

Ugier. (Anunciando.) Su alteza. (*Vase.*)
Caballeros. El rey!
Gut. é Illán. Cielo santo! (*Turbados.*)
Alfonso. Illán, don Gutierre,
 aqui en mi palacio
 el bruñido acero
 empuñabais ambos?
 Castigo merece
 tan gran desacato.
 Las lides se acercan,
 guardad para el campo
 el fiero denuedo;
 mas... no es necesario.
 Deponed los brios,
 que yo solo basto
 á domar del moro
 el orgullo insano.
 El rey de Castilla
 Alfonso el octavo
 no duerme, aunque algunos
 lo juzguen acaso:
 Alfonso desea
 el bien del vasallo,
 su gloria en él funda,
 y no es un tirano.
Illán. y Gut. Perdonad, señor... (*Inclinándose.*)
Alfonso. Quedais perdonados.
 Tal vez ádivino
 lo que ha ocasionado
 tan grave reyerta;
 mas quiero ignorarlo.
 Perdon os concedo;
 pero ay! del que ingrato

trueque mis favores
 en viles amaños;
 pues si hoy generoso
 olvido un agravio
 siendo el rey, cual sol,
 sus ardientes rayos
 abrasan las alas
 de arrogantes vanos
 que á su esfera el vuelo
 remontan osados.
 Al combate vuela
 el rey, castellanos!
 Los aprestos hizo
 sin haber contado
 con la ayuda vuestra...
 Tan robustos brazos
 no pretende Alfonso
 emplear.

Gutierre.

Y acaso

al ocio se entreguen
 mientras esteis lidiando?

Alfonso.

Por tiempo bastante (*Con intencion.*)
 gozó del descanso
 el mio, y el vuestro
 tendreis fatigado.

Cab. 1.º

Querrá vuestra alteza
 partir y dejarnos?

Cab. 2.º

Qué dijera España
 y el alarbe?

Alfonso.

Hidalgos!

Seguidme el que quiera.

Var. cab.

Todos lo anhelamos.

Alfonso.

Pues bien, dad las órdenes (*A Illán.*)
 al momento.

Illán.

Vamos.

Alfonso.

Salud, caballeros.
 Illán, os aguardo.

ESCENA III.

DON ALFONSO.

Oh! cuánto pesas, corona,

cuyos destellos dorados
 empañan graves cuidados :
 tu resplandor no te abona ;
 porque de augusta persona
 que ocupa regio dosel
 no es el pueblo espejo fiel ;
 pues en su cristal de aumento
 si el rey tiene un vicio, ciento
 reverberar hace en él.

El pueblo! mar inconstante
 que en continuo movimiento
 si le irrita cualquier viento
 le calma cualquier instante.
 Aunque colosal gigante
 es débil en su abandono,
 mas despertando el encono
 que recuerda su poder,
 pueden sus olas hacer
 naufragar monarca y trono.

Me llama á la lid mi honor ;
 pero tiemble el moro altivo
 que ha de arrastrarse cautivo
 á las plantas de mi amor.
 Raquel es el bien mayor
 de cuanto en el mundo quiero ,
 y sabré si lisonjero
 la fuera el reinar despues
 para rendirle á sus pies
 conquistar el mundo entero.

Del alarbe la osadía
 por ella siempre humillé ,
 pues angel tutelar fué
 que en los combates veía.
 Por ella mi fantasía,
 gloria, honores, ambicion
 soñaba, que es la pasion
 de la esperanza en el mar
 viento que sabe agitar
 las alas del corazon.

ESCENA IV.

DON ALFONSO. ILLÁN.

Illán.

Señor, las órdenes dí,
y todo se halla dispuesto.

Alfonso.

Voy á partir, don Esteban,
lo exige el bien de mis pueblos;
audaz el moro hácia Alarcos
se dirige con inmensos
escuadrones, bien sabeis
que es formidable su ejército;
mas no importa, Alfonso octavo,
si no le abandona el cielo,
humillará su arrogancia.

Así verán que aun me acuerdo
de vencer: en Huete, en Cuenca
y en otros varios encuentros
á las lunas africanas
hice rodar por el suelo.

Aun vive Alfonso! Castilla
deberá á su rey de nuevo
su libertad y su gloria;
y si los nobles soberbios,
ingratos á mis favores,
se atreven bajo pretexto
de razon útil de estado
á turbar la paz del reino,
vive Dios! que de mi enojo
han de sentir el efecto.

El rey que en Castilla impera
sabrà cortarles el vuelo.

Illán.

Y castigareis, señor,
una prueba del afecto
que os profesan?

Alfonso.

Fuera amarme
el dar de traicion ejemplo?

Illán.

No es traidor quien librar quiere
á su rey de un cautiverio.

Alfonso.

Vos abonais la traicion
tambien?

Illán.

De leal me precio.

Ah! señor! si á un fiel vasallo
 es permitido algun tiempo,
 sin ofender al monarca,
 de sus servicios en premio
 advertirle, aconsejarle
 por el interes del reino,
 por su gloria é ilustre fama,
 perdonadme si me atrevo
 hechura vuestra á deciros
 por vos, por él, lo que debo.
 Castilla ve con asombro
 y en amargo desconuelo
 que su rey, el bravo Alfonso,
 el que alcanzó mil trofeos,
 hoy en profundo letargo
 sumido yace en Toledo,
 á los halagos rendido
 de una hebrea... el labio sello,
 que para pintar la culpa
 son los colores muy negros.
 Doña Leonor, vuestra esposa,
 que os idolatra en estremo,
 llora en Burgos retirada
 vuestros desdenes y celos.
 Qué haceis, señor? Consoladla.
 Ah! despertad de ese sueño.
 Si es costoso el sacrificio,
 grande el agradecimiento
 será de Castilla entera:
 otra vez un padre tierno
 balle en vos: la Europa os mira,
 sed grande cual otro tiempo,
 y enseñad á los monarcas
 de la tierra que es el cetro
 un estéril patrimonio
 sin el amor de los pueblos.
 Ellos su voz os dirigen,
 y si no han de tener eco
 mis razones en el alma
 de vuestra alteza, mi cuello
 aqui le teneis, cortadle,
 y pague mi atrevimiento.

Alfonso.

Absorto estoy de escucharos,
 mas hoy generoso quiero
 con todos ser. Don Esteban,
 á partir voy al momento
 en busca del moro; vos
 permaneced en Toledo,
 y cuando vuelva triunfante
 será ocasion de consejos.

ESCENA V.

ILLÁN.

Alfonso! Alfonso! Dios mio!
 han sido vanos mis ruegos.
 Cómo pudiera apagar
 la pasion que arde en su pecho!
 Fatal judía! Tambien
 la adora el conde don Pedro,
 que irritado partió á Burgos
con la reina: mucho temo
su llegada; está en camino
segun noticias que tengo,
y si la encuentra su esposo...
mas no es ella...! Santo cielo...!

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR, *cubierto el rostro con un velo y en traje de camino.* ILLÁN.

Illán. Señora! en Toledo vos? (*Con asombro.*)

Leonor. Os sorprende mi venida?
 Si en Toledo está mi vida
 qué hiciera en Burgos?

Illán. Gran Dios!

Su alteza en este momento
 se ha separado de mí
 é ignora os hallais aquí.

Leonor. Que no lo sepa es mi intento.

Illán. Es imposible poder
 ocultar vuestra llegada.

Leonor. He venido disfrazada
y nadie me llegó á ver.
Don Pedro me ha acompañado
y el secreto guardará.

Illán. Cómo! el conde? Y dónde está?

Leonor. En mi cámara ha quedado.
Finge ser el portador
de un mensaje mío.

Illán. Y bien?

Leonor. El rey va á partir tambien,
es vano vuestro temor.

Illán. Como querais, más qué idea...

Leonor. Oídme: apenas mi esposo
parta á Alarcos presuroso
pretendo ver á la hebréa.
Y pues desterré á su hermano,
que está lejos de Toledo,
hablarla sin temor puedo
de que lo estorbe el villano.

Illán. Estais decidida?

Leonor. Sí:
entre la guerra ó la paz
ha de elegir.

Illán. Sois capaz...?

Leonor. De hacer lo que prometí.
Bastante tiempo he apurado
la amarga copa de hiel,
bastante tiempo Raquel
en mi dolor se ha gozado.
No sufro mas, pues si hoy
se opone altiva á mi intento
tan infame atrevimiento
castigaré por quien soy.
Ella mi vida envenena
robándome el bien que adoro:
por ella mi amargo lloro
corrió en anchurosa vena.
Y la dorada ilusion
que soñó la fantasía
deshizo con mano im pia
desgarrando el corazon.
Ay! Illán! cuántos desvelos

me ha costado esa muger!
 Cuán horrible padecer
 es la pasión de los celos!
 Siendo aborrecida amar,
 qué martirio hay mas eterno!
 Despertar en un infierno
 y un paraíso soñar!

Illán.

Mitigad vuestro dolor;
 quizá el rey reconocido
 al ver lo que habeis sufrido
 os ame con mas ardor.

Leonor.

No alimenta el alma mia
 ilusión tan lisonjera;
 ah! si Alfonso me quisiera
 el placer me mataría.

Illán.

No os atormentéis, señora,
 y solo pensar debemos
 de qué medios nos valdremos
 para vuestro objeto ahora.

Leonor.

Decís bien: de aquí partamos,
 y os descubriré mi plan.
 Al rey y á Castilla, Illán,
 tal vez salvemos.

Illán.

Pues vamos.

MUTACION DE ESCENA.

(Sala en casa de Raquel: puerta á la derecha, y otra á la izquierda del actor. En el fondo un balcon.)

ESCENA VII.

RAQUEL. SARA.

Sara.

No llores, tierna amiga;
 por qué tanto llorar,
 si todo un rey te adora,
 un rey el mas galán?
 Raquel, enjuga el llanto,
 disipa el hondo afán,
 que causa á Alfonso enojos
 el lloro que al surcar

por tus mejillas aja
la flor de tu beldad.

Raquel. Por él, Sara querida,
por él lloro no más;
si Alfonso me olvidara
feliz fuera quizás,
mi pena devorando
en triste soledad.

Cómo no amarle, Sara,
siendo tan dulce amar!

Gran Dios! el amor mio
amor es criminal.

Pero si osado crece
el fuego que voraz
mi corazon abraça,
cómo le he de apagar?

Quién combatir pudiera
esta pasion fatal!

Pero si no es posible,
llorad, ojos, llorad.

Sara. Siempre agitada y triste!

Raquel. Nací para penar.

Desde el horrible dia
que fui á despertar

de mi dorado ensueño
á un alcázar real,

el tierno hermano mio
ignoro dónde está.

Si verle no es posible,
llorad, ojos, llorad.

Sara. No dijo don Alfonso

que presto volverá?

Si aun no le ha perdonado
será por no irritar

á la reina, que fiera
mandóle desterrar.

Raquel. Yo soy de su destierro

la causa, nadie mas:

temió el rey que mi hermano

á nuestro amor fatal

altivo se opondria...

Sara. Pudiera ser capaz

el noble don Alfonso...
pero héle aquí...

(Sara se retira al ver á don Alfonso, que sale por la
puerta de la derecha completamente armado.)

Raquel. Te vas?

Sara. Son amorosas cuitas
estrañas á mi edad.

ESCENA VIII.

RAQUEL. DON ALFONSO.

Raquel. Alfonso!

Alfonso. Mi Raquel! siempre llorosa!
si tierno afan tu corazon agita,
por calmarle á tu lado Alfonso vuela
embriagado de amor y de ilusiones:
desecha, hermosa mia,
el amargo pesar, brille en tu rostro
la plácida alegría,
leve asomando á tus purpúreos labios
sonrisa encantadora

que hace latir el pecho que te adora.
Raquel. Reir, gozar, Alfonso! En vano intento
de la agitada, inquieta fantasía
borrar el negro, horrible pensamiento
que me persigue cual la sombra mia.
Por qué insensata te creí? Dios mio!
Ah! yo miré entre juegos infantiles
deslizarse una edad pura, inocente
como la tierna flor que en los pensiles
no ha sentido del sol el rayo ardiente.
Pero te vi, y al punto de mi pecho
despareció la hermosa y dulce calma,
y al escuchar tu acento en su delirio
la copa del amor apuró el alma.
Dorado vaso en cuyo borde hay flores,
y su matiz al corazon fascina,
que en el fondo contiene mil dolores,
y es cada hoja punzadora espina.

Alfonso. Ah! cesa por piedad. Ingrata, acaso
olvidarme pretendes?

Raquel.

Olvidarte!

Pluguiera al cielo que arrancar del alma
 tu imagen consiguiera; pero en vano,
 en vano lucho con mi intento, Alfonso,
 ella es la sombra de mi mente inquieta,
 y separar los dos es imposible
 porque un brazo de hierro las sujeta.
 Pero lejos de tí sabré mi pena
 devorar en silencio... de Castilla
 huir me ordenan tu deber y el mio,
 rey eres, obra como rey. Tu esposa
 vuelva á Toledo, el mísero judío,
 desterrado otra vez llóre su afrenta;
 solo te ruego que al hermano mio
 perdones hoy, y en apartados climas
 al justo Dios con súplica ferviente
 le pediré que de Castilla amado,
 y añadiendo laureles á tu frente,
 eternice la fama tu reinado.

Alfonso.

En desgarrar mi pecho te complaces;
 si tú me abandonarás qué sería
 la gloria para mí? El trono acaso
 con su encantada pompa llenaría
 el profundo vacío que en el alma
 dejara la pasión que me alimenta?
 No lo creas, Raquel. Siempre cercados
 los que á reinar sobre la tierra naceu
 de afanosos cuidados,
 aduladores solo los rodean,
 y un corazón amante en cuyo seno
 depositen su afán buscan en vano.
 Yo necesito amar, Raquel hermosa!
 En medio del estruendo del combate,
 en la noche tranquila y silenciosa
 do quier soñaba amor mi fantasía,
 mas no ese amor que la razón de estado,
 tirana de los reyes,
 del porvenir atando á la cadena
 su libre voluntad, con férreas leyes,
 convierte en yugo: abrasador, sublime
 naciera el mio, y cuando un "yo te adoro"
 de tus labios resbala, en rauda vuelo

el alma que se mece en sueños de oro
sube flotando al pabellon del cielo.

Raquel. Eres mi rey!

Alfonso. Si único dueño fuera
del ancho mundo, y de la ardiente zona,
á tus plantas, hermosa, los rindiera,
rayos del sol ornando tu corona.
Parto á la lid.

Raquel. Mi corazon predice
un suceso fatal; horrible ensueño
turbó esta noche su apacible calma.

Alfonso. Desecha tu temor, querido dueño.

Raquel. Desécharle! imposible! yo soñaba
que vencidas tus huestes por el moro
las ciudades y villas saqueaba,
do quier la muerte y destrucción sembrando;
vi de los templos de tu Dios alzarse
pirámides de fuego devorando
un mar de rojas llamas sus altares;
llena de horror y espanto
vi de Castilla yermos los hogares,
y de inocentes víctimas, Alfonso,
el lúgubre gemido
que cobardes las auras repetian
estremeciendo el pecho hirió el oido.
Entonces en mi alma tu honda pena
depositar quisiste y presuroso
á mi lado volvias; mas fué en vano,
no pudiste acercarte donde estaba
trémulo el corazon que te amó insano,
de sangre un ancho mar nos separaba.

Alfonso. Fantasma vano de la inquieta mente
tu ensueño ha sido. A Dios! partir me ordena
un sagrado deber, Raquel querida!

Raquel. Por piedad! por piedad guarda tu vida.

ESCENA IX.

RAQUEL, *despues de una breve pausa.*

Por qué, Dios mio, al nacer
me dísteis una alma ardiente

si en un corazon que siente
 jamas se abriga el placer!
 Si me quisisteis hacer
 juguete de una pasion,
 por qué mágica ilusion
 me adormeci6 en un instante,
 si ya sufría bastante
 teniendo aquel corazon!

ESCENA X.

RAQUEL. SARA.

Sara. Se ausent6 ya don Alfonso?

Raquel. Sí, se aleja de Toledo
 para lidiar con el moro.

Sara. Cierra la puerta al momento.

Raquel. Oigo pasos. Será él?

Sara. Quizá vuelva.

Raquel. Mas qué veo!

ESCENA XI.

DOÑA LEONOR, recatando el rostro con un velo, é ILLÁN.

Illán. Callad. (*A Sara.*)

Raquel. Dios mio!

Leonor. Lleváda, (*Bajo á Illán.*)

y hasta que yo llame.

Illán. Entiendo. (*Idem.*)

Sara. Venid conmigo. (*A Sara.*)

Illán. Y adónde.

Sara. No temais: soy caballero.

(*Illán se lleva á Sara por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XII.

DOÑA LEONOR. RAQUEL.

Raquel. Sara...! Sara! Santo Dios!

Qué miro! Una dama aqui?

solas estamos las dos

y el rostro ocultais de mí?
Leonor. (Descubriéndose.)
 Me conoces?

Raquel. (Aterrada.) Ah! sois vos?

Leonor. La reina soy. Te estremece
 ver en tu presencia ahora
 á la que el rey aborrece
 por amarte á tí?

Raquel. Señora...

(El corazón desfallece.)

Leonor. Mirame: yo soy Leonor,
 que un tiempo de Alfonso amada
 era mi gloria su amor,
 y ahora gimo despreciada
 devorando mi dolor.
 Eres tú de mi honda pena
 y mis amargos desvelos
 la causa?

Raquel. (Divinos cielos!)

Leonor. Eres tú la que envenena
 mi corazón con los celos?
 Sí, tú eres; lo pregona
 la inquietud que en este instante
 se retrata en tu semblante:

y tan humilde persona
 es á mis celos bastante?
 Ignoras que de Inglaterra
 soy infanta, que se humilla
 por ser reina de Castilla
 el magnate de la tierra
 doblándome la rodilla?

Y conmigo á competir
 te atreves? Tú mi rival!
 Ignoras lo que es sufrir?
 Pues bien...

Raquel. ¿Qué quereis decir?

Leonor. Que lo sabrás por tu mal.

Raquel. Ah! Señora! En vano fuera,
 si la suerte lo previno,
 que débil muger quisiera
 hoy oponerme altanera
 al decreto del destino.

Siendo niña concebía
 un mágico porvenir
 la inocente fantasía;
 pero entonces confundía
 el soñar con el vivir.
 Soñaba dulce pasión
 de placer el alma hinchendo,
 y encantadora ilusión
 sus alas de oro batiendo
 arrullaba el corazón.
 Entonces, señora, vi
 á vuestro esposo, y le amé...
 ofenderos no creí,
 pues libre su amor juzgué
 y yo la ofendida fui.
 Si vos habeis padecido,
 yo padezco mas, señora,
 pues vos llorais un olvido,
 y yo cuando mas me adora
 lloro el haberle querido.
 La fortuna en caso igual
 nos coloca, mas con vos
 no es tan tirana, gran Dios!
 porque si sentís un mal,
 yo tengo que sentir dos.
 Vos que os veis aborrecida,
 siendo mañana querida
 dichosa fuerais; y yo
 que soy amada, ya no
 lo puedo ser en mi vida.
Leonor. Bien dices; pues yo sabré
 vengar los horribles celos
 que en el alma devoré.
 Bastante tiempo lloré
 sus afanosos desvelos.
 Ya sufrí tiempo bastante
 el rigor de esquiva estrella,
 y nadie oyó mi querrela
 al dejar en mi semblante
 el negro dolor su huella.
 Entonces dorados, bellos
 eran tus sueños, los míos

eran horribles, sombríos,
tú bebiendo amor en ellos,
y yo tormentos impíos.

No mas padecer: hoy quiero
mitigar mi dolor fiero
destruyendo tu esperanza.

Raquel. Ah! Ya está vuestra venganza
satisfecha.

Leonor. Asi lo espero.

Sígueme.

Raquel. Cómo, señora!

qué intentais?

Leonor. Conmigo ven:

separarte será bien

del que criminal te adora.

Raquel. Tambien Raquel lo desea;

pero en vano al rey aqui

se lo supliqué.

Leonor. Qué oi!

De verle acabas, hebrea?

Raquel. (Siempre traidora ha de ser

la lengua.) Mentir no intento.

Es verdad.

Leonor. Atroz tormento!

Tú no puedes comprender

cuánto por tu causa siento.

Le has visto? Destino impío!

y por calmar tu dolor,

con ardiente desvarío

te hablaria de su amor,

amor que debe ser mio?

Basta ya: vamos, judía.

Raquel. Santo Dios! Adónde?

(*Samuel aparece en el balcon con Roboan. Aquel entra
con mucha precaucion y cierra sin ser visto la puerta
por donde salió Illán.*)

Leonor. Luego

lo sabrás: ven.

Raquel. Yo queria

pediros...

Leonor. Vano es tu ruego.

Llamaré á Illán. Ya eres mia.

ESCENA XIII.

LAS MISMAS. SAMUEL. ROBOAN, *oculto en el balcon.* DOÑA LEONOR *se dirige á la puerta de la izquierda, y queda asombrada al ver á SAMUEL.*

Samuel. Aun no es vuestra, reina..

Raquel. Gran Dios!

Leonor. Quién se atreve...

Raquel. Mi hermano! (*Se arroja en sus brazos.*)

Leonor. Su hermano!

Samuel. El mismo. Os sorprende?

Me habeis desterrado;

pero hoy aunque os pese

Samuel el judío

á Toledo vuelve.

De vuestros espías,

señora, burléme;

y aunque recatabais

el rostro prudente,

logré conoceros

y os seguí.

Leonor. Pretendes...

Samuel. No lo adivináis?

lo extraño. (*Con ironía.*)

Raquel. (Imprudente!)

Samuel. Todo lo he oido,

y á defender viene

Samuel á su hermana

contra los que alevos

de su lado ahora

arrancarla intenten.

Leonor. Lo dices acaso

por mí?

Samuel. Cabalmente.

Lo acertásteis.

Raquel. (Cielos!)

Leonor. Miserable! Quieres

á mi poderío

altivo oponerte?

Samuel. Quién puede estorbarlo?

Leonor. La reina, insolente.

:

- Samuel.* La reina? eh?
- Leonor.* Yo misma.
- Samuel.* Judío, obedece.
Os ciega el orgullo.
Ved que es diferente
mandar en palacio
á esclavos imbéciles,
que aqui, en este sitio
á un hombre que tiene
dignidad, y nunca
que la ajen consiente.
- Leonor.* Provocas mi ira?
- Samuel.* Samuel no la teme.
- Raquel.* Perdonad, señora.
Me ama tanto!
- Leonor.* Tiemble
de mi justa cólera.
Sigueme. (*A Raquel.*)
- Samuel.* Detente. (*Idem.*)
A mí solo toca
mandarte.
- Leonor.* No adviertes (*Furiosa.*)
que en mi poder te hallas?
- Samuel.* Hablais formalmente?
Siendo esta mi casa
mas propio parece
que ahora en el mio
su alteza se encuentre.
- Leonor.* Insensato!
- Raquel.* Calla! (*A Samuel suplicándole.*)
- Samuel.* En estas paredes
veis algo que vuestro
poder os revele?
Ni regia corona
os ciñe la frente,
ni de cortesanos
la turba os defiende;
solo veis á un hombre,
y siendo él mas fuerte
razon es que mande
á vos la mas débil.
- Leonor.* Qué dices? (*Irritada.*)

Samuel. Calmaos.

Leonor. Y piensas valerte...

Samuel. Del mismo derecho
de todos los reyes;
esto es, de la fuerza.

Leonor. Tú mismo te pierdes.

Raquel. (Dios mio! valednos.)

(*Doña Leonor se dirige á la puerta por donde salió Illán.*)

Samuel. En vano es que intente
su alteza al hidalgo
llamar, porque tiene
esta puerta llave;
y la llave... (*Mostrándosela.*)

Leonor. Alevé!

Samuel. Miradla en mi mano.

Leonor. Pues bien; con tu muerte
tan loca osadía
castigaré.

Samuel. Viene

Samuel prevenido
para defenderse.

Mirad.

(*Señalando á Roboan, que se deja ver en el balcon.*)

Leonor. Y no sabes

que si llamo gente
en mi ayuda...

Samuel. Acaso

fuera conveniente
al regio decoro
que á esta hora os encuentren
en mi casa?

Leonor. Oh furia!

Samuel. Señora, creedme.

A los dos importa
el secreto.

Leonor. Y quieres...

Samuel. Huir de Castilla,
huir para siempre
con mi hermana.

Leonor. Es cierto?

Samuel. A mi honor conviene

mas que al vuestro, reina,
y él os lo promete.

Leonor. (*Despues de un momento de reflexion.*)
Parte pues.

Raquel. (Alfonso!
y debo perderte!)

Samuel. Vamos, Roboan,
prevenidos tienes
los caballos?

Roboan. (*Saliendo.*) Sí.

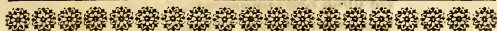
Samuel. Tomad, y conserve (*La entrega la llave.*)
vuestra vida el cielo.

Leonor. Por vos tambien vele. (*con ironia.*)

(*Al salir los judios abre la puerta de la izquierda, y mirándolos con desden esclama:*)

Oh! á mi venganza
te entregas, imbécil.

FIN DE LA JORNADA TERCERA.



Sornada cuarta.



Torre de San Roman.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DON PEDRO. ILLÁN.

Conde.

Qué nuevas corren , Illán ?

Illán.

Fatales , don Pedro , son.

Alfonso fué derrotado.

Conde.

Cómo ! El alarbe venció ?

Illán.

Y Alarcos en su poder
se encuentra.

Conde.

Oh mengua ! oh baldon !

Illán.

En vano el rey don Alfonso
como un valiente lidió ;
de las huestes agarenas
era el número mayor ,
y suya .fué la victoria.

Conde.

Y el pueblo ha sabido...

Illán.

Aun no.

La vuelta del rey aguardo.

Y Samuel ?

Conde.

En la prision.

Illán.

En las fronteras del moro
fué aprehendido por traidor ,
y á vuestra custodia , conde ,
la reina le encomendó.

No dudo que cumplireis...
Conde. Con lo que manda el honor.
Illán. Los aprestos que hizo el rey
 revelar imaginó
 al alarbe.

Conde. Y quién afirma
 que fuera tal su intencion?

Illán. No me toca averiguarlo.
 Don Pedro, al alcázar voy;
 en vuestro poder se halla
 Raquel, y doña Leonor
 está celosa.

Conde. Comprendo.
 La venganza es su ilusion;
 pero mientras de esta torre
 yo sea gobernador
 decidla que he de oponerme
 á cualquier villana accion.

Illán. Sospechais...?

Conde. Nada sospecho.

Illán. El cielo os guarde.

Conde. Y á vos.

ESCENA II.

EL CONDE.

Infeliz patria! Vencido
 don Alfonso! Justo Dios!
 Cómo contener pudiera
 del pueblo la indignacion,
 y evitar que á la judía
 sacrifique su furor?
 Oh! no: debo libertarla,
 que aunque á mi tierna pasion,
 se muestra ingrata, soy noble,
 y no mancillan su honor
 con una venganza infame
 caballeros como yo.
 Ella sale; ocultaréla
 que el moro fué vencedor.

RAQUEL. DON PEDRO.

Raquel. (Aqui don Pedro: Dios mio!
Sola con él.)

Pedro. No os asombre
mi presencia, que si esquivos
me miraron vuestros soles,
y entre nubes de desdenes
siempre vi sus resplandores,
no creais que por vengarme
de sus crueles arpones
pretendí que me nombrara
gobernador de esta torre
la reina, porque nó cabe
la venganza en pecho noble.
Señora, un tiempo os amé
con loco delirio; entonces
soñaba mi fantasía
lisonjeras ilusiones,
y á la plácida esperanza
mi corazon entregóse.
Mas ay! cuán en vano fueron
esperanzas é ilusiones,
si al soplo de un desengaño
se marchitaron veloces.

Raquel. Por qué os gozais, caballero,
en mis tormentos atroces,
recordándome los dias
de mis felices amores!
Y cuando lucha mi mente
para que de ella se borre
esa memoria funesta
venis á encenderla, conde?
Pedro. Tanto le amais?

Raquel. Oh! mi sangre
diera por él.

Pedro. Pobre jóven!

Raquel. Decís bien: soy desgraciada,
mi estrella asi lo dispone.
Quién me diria algun tiempo

que encerrada en una torre
do á mis sentidas querellas
el eco solo responde,
espiara mi delito...
mal dijo la lengua torpe,
que para amar ha formado
el cielo los corazones;
y yo por amar le ofendo,
hay crueldad mas enorme!
que en los demas no le agravie
y en mí su enojo provoquee...!
Ah! no lloreis, que ese llanto
que por vuestro rostro corre
abrsa mi corazon:

Pedro.

Por qué ingrata á mis favores
pagásteis con esquivaces
mis finezas y atenciones?
Por qué, Raquel, no me amásteis,
y hubiera rendido entonces
á vuestras plantas mis timbres,
mis riquezas, mis honores,
y ceñido vuestras sienes
con mi corona de conde?
Pero para un rey fué cera
la que para mí fué bronce.

Raquel.

Injusto, don Pedro, sois,
que él ocultóme su nombre,
y cuando le descubrí
fué tarde para razones.
Que no fascinan mi alma
los destellos brilladores
de la púrpura y corona,
ni de un rey los ricos dones,
pues aunque nací pleveya
mis pensamientos son nobles.
Mal haya en muger que vende
por los falsos resplandores
de un brillo que la deslumbra
del alma los puros goces.
Su amor solo ambicionaba,
juzguéle hidalgo, mas pobre,
y mis riquezas con él

partir intentaba dócil
al impulso de ese amor
que era mi mágico norte.
Dulce amor, dulce esperanza,
que en sueños encantadores
henchíais mi corazón
de sublimes sensaciones,
ya para siempre habeis muerto...!

Dejad, don Pedro, que lloré
por última vez al menos
unos recuerdos traidores.

Pedro.

Llorad, Raquel, y en el seno
de un amigo desahogad
vuestro pecho su dolor;
en vano intentara torpe
borrar la imagen querida
que en él con fuego esculpióse.
Pero contad con mi ayuda
para salir de esta torre,
que así cumplo con el rey
de vasallo obligaciones,
y con el amor que os tuve,
que amor y deber lo imponen.
Y mi hermano?

Raquel.

Pedro.

Irá con vos.

Yo romperé sus prisiones.

Raquel.

Ah! qué decís? Es posible?

Pedro.

Mirad si os amaba el hombre
que desdeñado y celoso
su vida por vos espone.

ESCENA IV.

RAQUEL.

Cuánta generosidad!
Mas qué me importa ese don
que le debo á su amistad,
si aunque me dé libertad
gime esclavo el corazón!
En mi delirio inocente
soñé un porvenir risueño
que me halagó dulcemente;

mas ay! que huyó de repente
 al despertar de aquel sueño.
 Qué importa que libre viva,
 si al salir de esta prision
 quiere la fortuna esquiva
 que en grillos de una pasion
 el alma deje cautiva!
 Alfonso! Y he de perderte,
 y no has de enjugar mi lloro?
 Si así lo quiere la suerte,
 aun en brazos de la muerte
 sabré decir que te adoro.
 La llama apagar pretendo
 que devora al alma mia,
 y cada vez mas la enciendo,
 porque siempre te estoy viendo
 en mi loca fantasía.
 Por ser mi pueblo judío
 el tuyo me ha despreciado..
 Cómo dice el vulgo impío,
 si mi fé te he consagrado,
 que no es tu Dios el Dios mio?
 Ó juzga acaso en su encono
 que la púrpura ambiciono?
 Oh! me inspira compasion;
 que quiero tu corazon,
 pero desprecio tu trono.
 Pues es tanto lo que siento,
 que quiso negra fortuna
 para aumentar mi tormento,
 que fuera humilde mi cuna
 y altivo mi pensamiento.
 No tema doña Leonor
 que del cetro el resplandor
 consiga ofuscar mi mente,
 porque amor el alma siente,
 y es mas poderoso amor.
 Si tan augusta persona
 solo el reinar ambiciona,
 que brille en su altiva sien
 de Castilla la corona;
 mas no me robe á mi bien.

Pero ay! mi tierna pasion
 fatal desengaño alcanza;
 llora, pobre corazon,
 que ya murió tu ilusion
 en brazos de la esperanza.
 Llorad, ojos, sin cesar,
 pues perdí la dulce calma,
 á ver si tanto llorar
 consigue al fin apagar
 la hoguera que arde en el alma.

ESCENA V.

RAQUEL. SAMUEL.

Samuel. Raquel, te ruega tu hermano
 que mitigues el dolor,
 y no con fiero rigor
 aumentes el mio.

Raquel. En vano
 quiero arrancarle, Samuel,
 del pecho; no puedo, no:
 es una planta que echó
 hondas raíces en él.
 Ah! no me bastó insensata
 labrar la desgracia mia,
 sino que tambien debia
 la tuya causar, ingrata!
 Maldigo el amor fatal
 que mi pecho ha destrozado,
 y tu vida ha envenenado,
 mi mal causando y tu mal.
 Huyó el plácido sosiego
 del alma soñando amores,
 y encendieron mis dolores
 las llamas de tanto fuego.

Samuel. Me atormentas sin piedad
 con recuerdo tan cruel.

Raquel. Perdon te pido, Samuel:
 me perdonas, no es verdad?
 Si acaso te has ofendido
 de mi ciego frenesí

le sepultaré por tí
 en la sima del olvido.
 Oh! cuán dichosa sería
 si tu libertad lograra,
 pues solo me consagrara
 á tu dicha y á la mia.
 Olvidando nuestras penas,
 tal vez entonces las horas
 de afanes hoy portadoras
 se deslizaran serenas.
 Mi mente soñó tambien
 un bello porvenir cuando
 nos íbamos alejando
 de Castilla.

Samuel.

Dices bien.

Mas ay! que fué, hermana mia,
 terrible la noche aquella
 en que ni una sola estrella
 allá en el cenit lucía.
 Noche en que tocar soñé
 mi deseada ilusion,
 y en horrorosa prision
 al despertar me encontré.
 Al fin se logró vengar
 la reina.

Raquel.

Puedes creer...

Samuel.

Ella nos mandó prender;
 quién nos pudiera salvar?

Roquel.

Antiguo resentimiento
 generoso el conde olvida,
 y la libertad querida
 darnos ofrecio al momento.

Samuel.

Es posible! Juzgué mal,
 creyéndole vengativo;
 mas desde que estoy cautivo
 no he visto nobleza igual.
 Pero el conde llega, vé
 con Sara. Te aguardo aqui.

Raquel.

(Amor fatal! Ay de mí!
 Nunca olvidarle podré.)

SAMUEL. DON PEDRO.

Pedro. (Demasiado cierta fué la noticia.)

Samuel. Os esperaba; pero en vuestro rostro miro de agitacion muestras claras. Qué ha sucedido?

Pedro. Oh! afrenta! ganó el moro la batalla, y despues de haber rendido á Alarcos, triunfante marcha hácia Toledo, sembrando la muerte do quier su saña.

Samuel. Dios de Jacob! es posible?

Pedro. No es tiempo de ocultar nada. El pueblo supersticioso, atribuyendo la causa de su derrota á un castigo que de los cielos emana por los amores del rey con una judía, trata...
Samuel. Proseguid.

Pedro. Verter su sangre, creyendo lavar su infamia.

Samuel. Matar á Raquel! qué escucho!

Pedro. A las puertas del alcázar se agrupa la plebe y pide con voces descompasadas su cabeza.

Samuel. Qué horror! conde, y no pudierais salvarla? La dejareis perecer sin compasion?

Pedro. Intentaba libertaros, mas no es tiempo; de Toledo estan cerradas las puertas.

Samuel. Salvad á ella, aunque muera yo.

Pedro.

No alcanza
mi poder á tanto; solo
el gobernador lograra
con la reina... pero él viene;
arrojaos á sus plantas,
y compasivo tal vez
se interese en vuestra causa.

Samuel.

Dios mio! no abandoneis
á una jóven desgraciada!

ESCENA VII.

SAMUEL. DON ESTEBAN ILLÁN.

Illán.

Dónde está Raquel?

Samuel.

Señor...

Illán.

Dónde se halla la judía
vuestra hermana?

Samuel.

(Qué diria?)

Illán.

La espera el gobernador
de Toledo.

Samuel.

(Hermana mia!)

Illán.

No lo oís? La quiero ver.
Llamadla.

Samuel.

Ah! por piedad!

No aumenteis su padecer:

Illán.

Qué habeis dicho?

Samuel.

Perdonad

si os he podido ofender.

Todo, todo lo he sabido

pero la infeliz lo ignora;

y que la oculteis os pido

la nueva fatal que ahora

de Alarcos se ha recibido.

Compadecedla, señor,

os lo suplica un hermano,

su único protector;

pudierais ser tan tirano

que os goceis en su dolor?

Illán.

Bien lo merece, judío.

Castilla, mi patria amada,

por su ciego desvarío

hoy se mira deshonrada,
 y ajado su poderío.
 Hoy ve eclipsadas sus glorias
 el noble rey que debía
 ser eterno en las historias.
 Tantos años de victorias
 se perdieron en un día!
 Hoy el nombre que heredamos,
 y fué de nuestros mayores
 el orgullo, mancillamos,
 y tal afrenta alcanzamos
 por unos locos amores.
 Y todavía á implorar
 te atreves mi compasion?
 Llámala.

Samuel. Perdon! perdon!
 Vinisteis á desgarrar
 su afligido corazon?
 Vos en quien fundado habia
 mi esperanza...

Illán. Tu esperanza?
 Sabes cuál es?

Samuel. Y tendría
 la baja plebe osadía...

Illán. Sí, la anima la venganza.
 Todos por saciar su encono
 se afanan con placer fiero,
 el hidalgo, el caballero,
 desde las gradas del trono
 hasta el último pechero.

Samuel. Y no la defendereis
 de su cólera terrible?

Illán. Defenderla? Es imposible.
 Que yo me oponga queréis
 á todos?

Samuel. Idea horrible!

Illán. Y aunque en mi mano estuviera
 el libertarla, quizá
 creido habeis que lo hiciera?
 Morir á la patria viera
 é insultarla despues?

Samuel. Ab!

Illán.

No escuchais vos el gemido
de valientes castellanos
que al sepulcro han descendido?
Venganza! Venganza, hermanos!
dice el eco dolorido.
Nobles víctimas, vengada
será vuestra sangre: yo
os lo juro.

Samuel.

Desgraciada!
Y ella ha de ser inmolada?
Mi pobre Raquel? Ah! no:
en su defensa morir
sabré primero. Inhumanos!
No apagareis su vivir,
contra todos sus tiranos
basto yo.

Illán.

Qué osas decir?
Y acaso la salvarán
tus esfuerzos?

Samuel.

No podrán
desasirla de mis brazos
si arrancándome no van
el corazón á pedazos.
Es mi hermana... dije mal;
pero qué importa naciera
de una pasión criminal,
si una madre á los dos diera
esta existencia fatal?
Al ver que desde la cuna
la persigue la fortuna
la adoro con mas delirio,
sin ella no hay dicha alguna
que disipe mi martirio.
Cuento, señor, veinte años
que sus caricias han hecho
las huellas de graves daños
que causan los desengaños
desaparecer del pecho.
Ah! si mi madre viviera
y á su infeliz hija viera
por amar cual ella amó
en tan triste estado, oh!

la pobre Judí muriera.
Illán. Judí! Qué nombre! Judío,
 en dónde y cómo tu madre
 murió?

Samuel. En Cuenca.

Illán. (*Conmovido profundamente.*)

Dios mio!

Amaba á otro, y tu padre
 vengó el culpable estravío...

Samuel. Cómo sabeis...?

Illán. Dónde está? (*Arrebatado.*)

Quiero verla...!

Samuel. Santo Dios!

Qué sospecha! Si será...

Illán. Mi hija! La encontré ya.

ESCENA VIII.

DICHOS. RAQUEL. SARA. ILLÁN *se arroja en los brazos de
 aquella.*

Illán. Hija del alma!

Raquel. Ah! sois vos?

Illán. Sí, tu padre que te adora.

Raquel. Será cierto lo que Sara
 de mi infeliz madre ahora
 me dijo?

Samuel. Quién lo dudara!

Raquel. Padre mio!

Sara. Samuel llora?

Samuel. Dejad que lágrima ardiente
 vierta por la vez primera.
 Madre mia! Sé clemente;
 hoy mi venganza cayera
 sobre tu hija inocente.

Illán. Cómo á la muerte témer,
 si no me mata el placer
 que al verme en tus brazos siento!

Borra tan feliz momento
 veinte años de padecer.

Raquel. En vos mi hermano adorado
 halle al padre que perdió.

Illán.

Al que tierno te ha criado
 qué puedo negarle yo,
 yo que su ruina he labrado?

Raquel.

Feliz me haceis.

Illán:

Hija mía!

Sara.

No escuchais?

(*Se oyen voces confusas del pueblo.*)

Samuel.

Dios de Israel!

Esa ronca griterfa...

Illán.

Qué recuerdo! Horrible día!

Ya vendrán por mi Raquel.

ESCENA IX.

LOS MISMOS. DON PEDRO.

Pedro.

Qué determinais? El pueblo
 amotinado pretende
 entrar en la torre.

Todos.

Cielos!

Pedro.

En vano por contenerle
 hice esfuerzos: me insultaron
 apellidándome aleve
 traidor, porque me oponia
 á sus intentos crueles.

Illán.

Voy á poner dobles guardias.
 Á vos decidir compete
 lo que debemos hacer
 en un caso tan urgente.

ESCENA X.

LOS MISMOS, *menos* DON PEDRO.

Raquel.

Me quieren asesinar.

Sara.

Raquel!

Samuel.

No decidís nada? (*A Illán.*)

Raquel.

Padre mio!

Illán.

Hija adorada!

Yo no te puedo salvar.

Samuel.

Qué decís?

Illán.

Contra el furor

de todo un pueblo que intenta
lavar con sangre su afrenta,
cómo oponerme?

Todos.

Qué horror!

Illán.

La reina, Castilla entera
de traidor me tacharía,
y mi deshonra vería
apenas el rey volviera.
Sí, mi deshonra, y también
la de mi patria.

Samuel.

Gran Dios!

Quién debe ser para vos
mas que vuestra hija, quién?

Raquel.

Padre!

Illán.

No me nombres ya.

Si lo supieran...

Samuel.

Qué haceis?

Juráisme la salvareis?

Illán.

Salvarla... imposible!

Raquel.

Ah!

Samuel.

Y la dejará morir,
siendo tan jóven y hermosa,
su padre?

Illán.

Idea horrorosa!

Samuel.

Lo pudierais consentir?
Hoy que la habeis encontrado,
hoy que de gozo embriagada
soñaba la desgraciada
ser feliz á vuestro lado,
y perderla...!

Illán.

Por piedad!

Samuel.

Y para siempre...!

Illán.

(*Profundamente conmovido.*)

Gran Dios!

Samuel.

No es un día, no son dos,
es toda una eternidad.

Illán.

Calla...! Terrible suplicio!

Samuel.

Dudais aun?

Illán.

Cielo santo!

Samuel.

No veis cuál la abrasa el llanto?

Illán.

Es muy grande el sacrificio.

Perdon, oh patria! perdon!

Si hacerme padre á Dios plugo,
 cómo he de ser el verdugo
 de mi mismo corazon!

ESCENA XI.

DICHOS. LA REINA DOÑA LEONOR.

Raquel.

La reina!

Leonor.

Sí, tu señora,
 tu reina soy.

Illán.

Por piedad!
 Compadecedla, es mi hija.

Leonor.

Qué escucho!

Illán.

Os conté ya
 la historia de mis amores
 en la juvenil edad;
 pues bien, el fruto de aquellos
 hoy le acabo de encontrar;
 miradla aqui, soy su padre;
 si vengaros anhelaís
 os ofrezco mi cabeza;
 pero á Raquel perdonad.

Leonor.

Qué decis!

Illán.

Sed generosa.

Leonor.

Y con quién? Con mi rival!
 La hora de la venganza
 se acerca; alterado está
 el pueblo, y pide su muerte;
 yo no la debo librar
 de la justicia de Dios.

Samuel.

Justicia de Dios llamáis
 á tan horrible atentado?

Leonor.

Tú tambien osas hablar
 á la reina de Castilla?
 Tú que tambien morirás
 por traidor en un suplicio...?

Raquel.

Morir él? Dios de bondad!
 Señora, si ha decretado
 ese destino fatal,
 que desde la humilde cuna

me persigue sin cesar,
 que pise siendo tan jóven
 de mi sepulcro el umbral,
 contenta sabré morir,
 vengan mis verdugos ya.
 No temo, no, que en mi pecho
 claven su agudo puñal,
 que harto tiempo la honda pena
 destrozando mi alma está,
 y si el amor es delito
 confieso soy criminal;
 pero salvad á mi hermano,
 perdonadle por piedad,
 y no incurra en vuestro enojo
 mi pobre padre jamas.
 Muera yo sola, pues soy
 origen de tanto mal,
 y á vuestras plantas os ruego
 perdoneis á los demas.
 (*Se oyen las voces mas cerca.*)

Samuel.

Qué rumor...!

Illán.

Cielos!

Leonor.

Don Pedro.

ESCENA XII.

DICHOS. DON PEDRO.

Pedro.

Ha logrado penetrar
 en la torre don Gutierre
 seguido de algunos mas,
 y á este sitio se dirige.

Illán.

Por Dios! Señora...! (*Bajo á doña Leonor.*)

Leonor.

Callad. (*Idem.*)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. DON GUTIERRE. VARIOS CABALLEROS.

Caballeros. Muera Raquel!

(Al dirigirse contra esta con los aceros desnudos los detiene la reina.)

Leonor.

Caballeros!

Gutierre. La reina! (*Asonbrado al verla.*)

Leonor.

Qué vais á hacer?

Contra una débil muger
desenvainais los aceros?
Otra vez los envainad,
no ensangrentéis vuestras manos,
porque en pechos castellanos
nunca cupo tal maldad.

Gutierre.

Muda ha quedado mi boca
al ver que mandais...

Raquel.

Gran Dios!

Leonor.

Pues bien, lo mando, y á vos
tan solo obedecer toca.

Gutierre.

Y quién al pueblo irritado
podrá contener, señora?

Leonor.

Yo misma: seguidme ahora,
y veréisle apaciguado.

Illán.

Oh! vos... (*Bajo á la reina.*)

Leonor.

Sí; cumplo un deber, (*Idem.*)

Illán, de agradecimiento;
soy reina en este momento
y olvido que soy muger.

(*Vase seguida de los nobles.*)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, *menos LA REINA y LOS NOBLES.*

Illán.

Siempre generosa y tierna
fué su alteza, hija querida.

Raquel.

Pues ella salva mi vida,
mi gratitud será eterna.

Samuel.

Ahora es fuerza pensar
en ir á un reino lejano,
pues si vuelve Alfonso es llano
que ha de quererlo estorbar.

Illán.

Eso no, porque primero
que mancillase mi honor

mataría en mi furor
á Raquel. Soy caballero.

ESCENA XV.

LOS MISMOS. DON ALFONSO, *armado*. DON PEDRO.

Raquel. Qué miro! Alfonso...!
Samuel. El rey!
(*Sorpresa general.*)
Illán. Fatal instante!
Alfonso. Os sorprendeis al verme?
Illán. No me atrevo...
Señor, sabed...
Alfonso. Todo lo sé, y Alfonso
hoy á ser grande empieza; seguir debo
el ejemplo sublime de mi esposa.
(*Qué sacrificio...! Ah...!*) *Raquel...* (*Conmovido.*)
Raquel. (Dios mio...!)
Alfonso. Surca las olas de los anchos mares,
y huye lejos de mí: destino impío
nos separa cruel... ya que te pierdo
á lo menos consagra á mi memoria
en tus doradas horas un recuerdo.
Parte, Samuel, con ella, y sé dichoso.
A Dios...! (*Con violenta agitacion.*)
Raquel. A Dios...! (*Idem.*)

ESCENA ULTIMA.

LOS MISMOS. DOÑA LEONOR. NOBLES.

Leonor. Alfonso...!
Alfonso. Y vos, señora,
á los brazos volved de vuestro esposo.
(*Mirando á Raquel, que conduce su hermano.*)
Raquel. (*Apoyándose en él.*)
No puedo mas, Samuel.
Illán. (*Bajo á Samuel.*) Os la confio.
Samuel. No temais, que si el ser vos la habeis dado,

yo la adoro con loco desvario,
 y eternamente viviré á su lado.
 Amaba al rey, mas su virtud la abona;
 de su patria se aleja sin mancilla,
 que el brillo despreció de una corona.
 A Dios por siempre, á Dios, sol de Castilla!
 (*Cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.



LIBRARY OF CONGRESS



0 022 011 482 A